

EL “CAFÉ GIJÓN”

CARLOS GONZÁLEZ ESPINA

EL “CAFÉ GIJÓN”

REPORTAJE DOCUMENTAL Y GRÁFICO
SOBRE EL PREMIO DE NOVELA
DEL CENTENARIO CAFÉ MADRILEÑO

LLIBROS DEL PEXE
2001

EL POSO DE LOS AÑOS

Primera edición, septiembre 2001
Cubierta: Marina Lobo
© Carlos González Espina
© Llibros del Pexe
San Bernardo, 22-3º 33201 Gijón
Tel. y Fax. 985.09.83.42
pexe@asturies.org
ISBN 84-89985-63-4
D.L.: AS-3121-2001
Producción: Apel/Tecniprint

ESTE LIBRO SE EDITA CON EL PATROCINIO
DEL AYUNTAMIENTO DE GIJÓN

La historia de la literatura de los dos últimos siglos está asociada en Europa al venerable invento hostelero del Café. Ninguna academia, ninguna cátedra, ninguna tribuna ha tenido la vitalidad ni la influencia de muchas de esas pequeñas reuniones rutinarias que se improvisan en los cafés llamadas tertulias. Luego de ensayar en salones aristocráticos, academias o mentideros, el escritor burgués o el mero agitador de opiniones comprendieron que ningún recinto era más adecuado para ellos que el Café.

Antonio Espina, en *Las tertulias de Madrid*, condensa en apenas medio párrafo su evolución histórica:

Entre las grandes cosas que la cristiandad debe a la musulmanidad se encuentra en primer término el café como bebida y, en segundo término, el café como diván. Los espejos y las mesas de mármol las puso enseguida Venecia. Los músicos, Viena, y las cortesanas y los literatos, París¹

Y Madrid adoptó con entusiasmo la realidad del Café. El toque castizo vino con la presencia de toreros, hampones, escritores y artistas de todo pelaje.

No sólo la literatura, también la tauromaquia, los sucesos o el simple cotilleo han servido de alimento a incontables tertulias de cafés. Pero es seguro que el tema más habitual de cualquier tertulia ha sido y será siempre la política. En este aspecto la más

¹ Antonio Espina, *Las tertulias de Madrid*, Madrid, Alianza, 1995, p. 234.

legendaria fue la del café madrileño La Fontana de Oro (ubicado en la Carrera de San Jerónimo, esquina con la calle de la Victoria), donde se congregaban en tiempos de Fernando VII los liberales. Tuvo su gran momento durante el trienio liberal, cuando se vivieron allí acalorados debates, protagonizados a menudo por los más encendidos patriotas, cuya exaltación no contribuyó precisamente a la perdurabilidad del periodo constitucional. Pero La Fontana de Oro no debe tanto su fama a ese papel revolucionario que le tocó jugar como a su conversión en leyenda literaria, de la mano de un jovencísimo Benito Pérez Galdós.

Galdós, asiduo cliente de cafés madrileños como el Universal o el Café de la Iberia, fue en ellos testigo directo de los planes revolucionarios de los partidarios de Prim contra el general O'Donnell. El entusiasmo conspiratorio se convirtió en desengaño el 22 de julio de 1866, con el fracaso de lo que parecía la revolución y sobre todo con la trágica represalia posterior, personificada en los cuarenta y ocho sargentos del cuartel de San Gil que fueron fusilados ante las tapias de la antigua plaza de toros, suceso que dejó una huella profunda en el temperamento literario galdosiano.

El conocimiento humano de esa tumultuosa y agitada realidad, que se desencadenó en la Revolución de 1868 y el derrocamiento de Isabel II, lo obtenía en buena parte Galdós en la proximidad de los veladores del Café de la Iberia. Allí pudo reconstruir la no menos agitada y tumultuosa realidad de *La Fontana de Oro*, haciendo revivir aquel otro café donde se reunía para conspirar la sociedad patriótica “Los Amigos del Orden”.

La Fontana de Oro, La Cruz de Malta, El Universal, El Café Nuevo, El Café de la Iberia... son sólo algunos de los cafés ma-

drileños que alcanzaron nombradía en el XIX, cuando este tipo de establecimientos se fueron convirtiendo en el ámbito perfecto para el encuentro amical, el intercambio de opiniones, la disputa dialéctica o la ocasión para el duelo (todo ello, claro está, reservado en exclusiva a los caballeros).

Galdós fue, según algunos testimonios, uno de los primeros clientes célebres de un nuevo establecimiento que en 1888 abrió sus puertas en el distinguido Paseo de Recoletos. Era su fundador un asturiano que, después de hacer una pequeña fortuna en Cuba, decidió regresar de La Habana para instalarse en Madrid y montar un moderno café. Don Gumersindo García¹, que había nacido en Gijón, quiso honrar sus orígenes bautizando al moderno establecimiento con el nombre de su villa natal, añadiendo una guinda de pomposidad: “Gran Café de Gijón”.

No es excesivamente amplio para lo que se lleva, pero sí muy luminoso, muy soleado en estos días de su primavera auroral, amueblado al estilo de tales establecimientos, o sea, mesas de mármol, sillas imitación Viena y divanes de peluche todo a lo largo de las paredes del fondo. [Tudela, p. 31]

Por su ubicación, debió ser considerado entonces el Gijón como café de barrio, pues lo que se tenía por centro de Madrid, donde se concentraban la mayor parte de estos establecimien-

¹ Siempre se ha citado como fundador del Café Gijón a Don Gumersindo García. Así le nombra ocasionalmente Marino Gómez Santos en su *Crónica del Café Gijón* (1955), en cuya fuente se apoyan casi todas las referencias posteriores. Sin embargo, Mariano Tudela, le llama reiteradamente Don Gumersindo Gómez en el amplio y documentado estudio que publica con motivo del centenario del Gijón: Mariano Tudela, “Cien años de diálogo”, en *Café Gijón. 100 años de historia*, Madrid, Kaydeda, 1988. pp. 21-121.

tos, no iba más allá de un pequeño radio en torno a la Puerta del Sol.

Entonces el Café Gijón era más bien un cafetín burgués, a donde iban los viejos matrimonios a merendar su chocolate con media tostada. Algunas tardes entraron en él los Machado acompañados de Julio Romero de Torres. Rubén Darío tomó en el Gijón un ajenjo. Esporádicamente, Galdós se sentó frente al reloj, en espera de una cita amorosa.¹

Ya el año 1854 se contaban en la Puerta del Sol catorce cafés. A su llegada a Madrid, en 1891, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo se asombraba del escaso dinamismo de ese centro vital madrileño, en contraste con el glamour de la vida parisina que acababa de dejar atrás:

Los madrileños, envueltos en sus capas, tomaban en las esquinas interminables baños de luz. Todos los alrededores de la Puerta del Sol estaban literalmente llenos de gente que no se movía, que parecía esperar algo, que soñaba un ensueño tranquilo.²

No llegó Gómez Carrillo a tomarle gusto al austero ambiente madrileño, cuya bohemia literaria él juzgaba inferior a la de París:

¡Aquellos señores literatos y artistas de las tertulias de Fornos!... ¡Aquellos jóvenes estudiosos del Ateneo!... ¡Aquellos patriarcas de la tertulia de Fernando Fe!... ¡Aquellos discutidores políticos del Suizo!... Tratándolos, se agravaba, día por día, mi nostalgia del barrio Latino, en el cual los bohemios, sin las pequeñas vanidades

¹ Marino Gómez Santos, *Crónica del Café Gijón*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1955, pp. 34-35.

² Enrique Gómez Carrillo, *La miseria de Madrid*, Gijón, Llibros del Peixe, 1998, p. 104

y las bajas envidias de los literatos madrileños, cultivaban un noble ideal de arte, de belleza, de originalidad. [Gómez Carrillo, p. 108]

El caso es que la vida del todo Madrid pasaba por aquellos cafés que circundaban la Puerta del Sol. A ellos acudía gente de toda condición social: estudiantes, pintores, escritores, tratantes de ganado, periodistas, toreros, músicos... En la misma plaza estaban el Colonial, el Universal, el Café de la Montaña, el Café de Correos, el Oriental, el Lisboa o el Puerto Rico; a escasos metros, Lhardy, El Gato Negro, el Café de Levante, el Platerías, el Café Madrid, Fornos, Lepanto, La Granja El Henar, el Suizo...

Los cafés madrileños vivieron su época dorada en esas últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Por eso, a sus nombres están asociadas especialmente dos generaciones de escritores, la del noventa y ocho y la novecentista.

El café noventayochista por excelencia fue Fornos. Instalado al comienzo de la calle de Alcalá (esquina Virgen de los Peligros), cerró sus puertas en 1908. Se trataba de un local elegante, adornado con grandes espejos, con salas y reservados donde se servían banquetes. A él acudieron intelectuales, artistas y políticos para formar animadas tertulias. En Fornos se conocieron Baroja y Unamuno, además de otros muchos integrantes de la generación del 98. Baroja comentaba indignado cómo Unamuno aprovechó, ese mismo día en que fueron presentados para sacar sus cuartillas, sin que nadie se lo pidiera, y leerle una interminable serie de ellas. ¡No hay derecho!, exclamaba.

Si Fornos fue el emblema del 98, el café modernista por excelencia era El Gato Negro, un local poco iluminado, de techos

bajos, situado en la calle del Príncipe, justo al lado del teatro de la Comedia, con el que podía comunicarse. Allí imperaron en tiempos Jacinto Benavente y Ramón María del Valle Inclán. Naturalmente, el teatro era el tema más habitual de sus tertulias, por las que un día iba a aparecer un joven venido del sur, llamado Juan Ramón Jiménez.

En la misma Puerta del Sol, en los bajos del Hotel París, en el arranque de la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, se encontraba el Café de la Montaña, donde Manuel Bueno asestó el malhadado bastonazo que costó a Valle-Inclán su mano izquierda.

Estos y otros cafés tendieron el puente entre uno y otro siglo. La urbe iba creciendo y el Gijón fue poco a poco haciéndose con una clientela cada vez más amplia (Canalejas, Ramón y Cajal, Romero de Torres...), gracias sobre todo al atractivo de su refrescante terraza de verano, a la que acudía, entre otros pioneros, Valle-Inclán.

ENTRE GUERRA Y GUERRA

En 1913 Don Gumersindo García vende su Café a don Benigno López Jabato, un peluquero extremeño, natural de Brozas, asiduo cliente y vecino del propio barrio. Gracias a la gestión de don Benigno López y de sus descendientes (hijos y nietos) ha sobrevivido el Café Gijón al embate de la guerra y el tiempo, ofreciendo a sucesivas generaciones de artistas y escritores un espacio ideal para sus tertulias.

Mientras discutían acalorados los germanófilos con los alia-

dófilos, algunos jóvenes empezaban a elevar su voz en los cafés de moda. Uno de los más concurridos por los intelectuales y escritores novecentistas fue el de La Granja El Henar, en cuyos salones tenían sus tertulias Ortega, Valle-Inclán, Azaña y Rivas Cherif. Muy cosmopolita era el público del Colonial (justo al inicio del margen izquierdo de la calle Alcalá), donde había reuniones en torno a Cansinos Assens y Guillermo de Torre. Por entonces había en Madrid muchos artistas y escritores extranjeros, que se refugiaban en España de la Gran Guerra, dando una extraordinaria animación a los cafés de la Puerta del Sol, como La Maison Doré, el Café Universal, el Imperial (con capacidad para 600 personas), el Suizo, el Café de Correos, El Café de Lisboa, el Café de Levante, el Lhardy, Platerías, Varela...

Un poco más alejados, pero cada vez más concurridos, estaban el Español, en la plaza de Isabel II, frente al Teatro Real, el elegante y espacioso Café del Prado en la calle homónima, El Café de San Bernardo, el popular Café de San Millán, el Negresco, el Café Oriente, el Europeo, el Comercial, el Roma,...

Es el tiempo en que algunas mujeres empiezan a ocupar espacios tradicionalmente reservados a los hombres, entre ellos el café. Concha Méndez contaba cómo fue de lento este proceso y, cómo sus salidas iban siendo poco a poco cada vez más libres, aunque con fuertes limitaciones. Una de ellas, precisamente, le impedía asistir a las tertulias de Valle en Granja del Henar y a las de Gómez de la Serna en Pombo. A éstas no le daban permiso para ir puesto que terminaban hacia las tres de la mañana y “yo tenía que estar en casa para la cena.”

Pero, por encima de todos los demás, en la historia de las tertulias de este periodo permanecerá escrito, en negrita, el nombre del Antiguo Café y Botillería de Pombo, que estaba si-

tuado al lado mismo de la Puerta del Sol, en la calle Carretas. Allí fundó Ramón Gómez de la Serna en 1912 una tertulia hecha a su medida (exclamativa, exultante, circense), que fue una de las tertulias más estrictamente literarias que haya existido nunca. En ella estuvo prohibido hablar de la guerra. En aquel ambiente subterráneo, con divanes rojos, luz de gas y sin calefacción alguna, solía montar Ramón alguno de sus excéntricos “homenajes”. La tertulia de Pombo estaba indisolublemente unida a la persona de su fundador y cuando éste realizaba uno de sus viajes a Portugal, Italia o Argentina la tertulia se desmontaba sola, esperando su vuelta para recomenzar la algarabía. Los acompañantes más habituales de Ramón en Pombo fueron Solana (que los inmortalizó en un célebre óleo), Bartolozzi, Bacarisse, Tomás Borrás y los hermanos Bergamín.

Ramón, era escritor noctámbulo, se pasaba las noches enteras trabajando incansablemente en su torreón de Velázquez, pero dedicaba completa la velada de los sábados a la tertulia de Pombo, que solía durar desde la hora de la cena hasta bien entrada la madrugada, y allí tenía la costumbre de recibir a sus visitas. Él, que no bebía ni una copa en las comidas, se tomaba una botella de Valdepeñas, y como había tenido contenida la palabra durante seis días, esa noche se desfogaba hablando y gritando sin parar.

Sólo los sábados cambio toda la noche. Es cuando reúno a mis amigos en Pombo, y allí van los que han llegado a preguntar por mí durante la semana a Velázquez... La reunión dura hasta cerca de las tres, y hay noches taumatúrgicas en que se presenta el loco o el mendigo fantástico. Procuero precipitar todas las conversaciones en el nivelador humorístico y combato los fanatismos del energúmeno indígena... Después hay que dar cinco vueltas a la Puerta

del Sol, y muchas noches otras dos o tres a la Plaza Mayor... El caso es ver los ojos claros del alba a través de los quevedos de la Puerta de Alcalá...¹

En tiempos de la Gran Guerra Madrid fue una ciudad cosmopolita, como nunca lo había sido, pero a su término volvieron las aguas a su cauce y la capital recuperó su ritmo cansino durante algunos años, especialmente romos en el periodo de la dictadura primorriverista. Ya con la República, la agitación política iría subiendo de tono, hasta límites que anunciaban la contienda fratricida.

A fines de 1922 nació la tertulia del café Europeo, en la glorieta de Bilbao, a la que acudían Enrique Jardiel Poncela, César González-Ruano, Carlos Fernández Cuenca, Manuel Martínez Gargallo...

Un poco ajado ya, el Café Gijón cierra para realizar una reforma, ideada por el arquitecto Laorga. Poco después de la reapertura muere Don Benigno López, que aún no había cumplido los sesenta años, ocupándose a partir de entonces del café su viuda, doña Encarnación, quien abriría en 1928 un segundo negocio, en la misma acera del Gijón, el Café de Recoletos, donde enseguida montó su tertulia César González Ruano. Con el tiempo serán sus propios hijos (Joaquín, José y María quien regenten los negocios. Doña María y su esposo Nicolás García se ocupaban del Gijón).

Desde principio de siglo hasta la Segunda República proliferaron las tertulias, y entre ellas las que tomaban un determinado sesgo político. Uno de los más marcados era el Café La Ballena Alegra (situado en la calle Sevilla) donde se reunían los

¹ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia*, Madrid, Guadarrama, 1974, p. 544.

falangistas capitaneados por José Antonio Primo de Rivera). Mientras, por la Cervecería de Correos aparecían los jóvenes de la Residencia de Estudiantes, destacando por su labia y gracejo Federico García Lorca; los Machado seguían acudiendo fielmente a El Español; Ramón gobernaba su particular ínsula en Pombo; Bergamín mantenía la suya en el Lion, donde creó en 1933 su revista *Cruz y Raya*,... Entre tanto, en la terraza del Gijón se dejaban ver Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Caballero, Ignacio Sánchez Mejías (hasta su muerte en agosto de 1934), Luis Buñuel,...

Pero pronto la tragedia habría de sacudir violentamente los propios cimientos del Café Gijón. Durante la guerra civil murieron tiroteados en el tunel de Atocha don Nicolás García, esposo de doña María, y ocho empleados suyos del Café, cuyos cuerpos nunca fueron hallados. La sangría de la confrontación restó también un buen número de tertulios, si sumamos los exiliados, represaliados y asesinados (caso de Federico García Lorca o Pedro Muñoz Seca).

César González-Ruano, que no vivió la experiencia de nuestra guerra y sí un dorado exilio italiano (Roma, La Sepezia, Capri, Taormina, Palermo, Venecia...), la seguía desde la distancia, con una mezcla de satisfacción por el curso de la contienda, favorable a sus preferencias políticas, y de ignorancia ante la devastación que significaba:

La guerra española iba mejor que bien. Pero la verdad, y hora es decirlo como curiosa confesión en estas *Memorias*, es que ni la información continua ni las referencias personales que yo tenía frecuentemente me dieron jamás una idea clara de esta España bélica. Me costaba mucho trabajo imaginarme el país y, sobre todo, imaginarme el Madrid rojo.

[18]

Entornando los ojos a la evocación, la estampa del Madrid que yo había vivido y dejado se superponía a la imagen referida de caos y de terror. Resultaba poco menos que imposible para mí comprender el aspecto a las calles de otro modo que como habían estado siempre o superponer los cafés ocupados por gentes distintas que las habituales. Yo poblaba estos cafés, contra mi voluntad de verlos de otro modo, con mis amigos y conocidos, muchos de los cuales estaban sin duda muertos, huidos o luchando en los frentes. Recordaba mi Café de Recoletos y veía a sus dueños, Pepito López o Nicolás García, en su alto mostrador y casi llamándome al teléfono. Ya el buen Nicolás, condeño del Café Gijón y del Recoletos, había muerto asesinado y yo no lo sabía. Ya tantos amigos vivían sólo en mi imaginación.¹

Pero, a pesar de las catastróficas secuelas que en Madrid había dejado la guerra civil, pronto iba a abrirse para el Café Gijón la que tal vez haya sido su etapa más importante desde el punto de vista de su papel en la vida intelectual y artística española. Mientras el resto de cafés históricos iban cerrando, uno tras otro, sus puertas (el Recoletos se clausuró en 1942), en el Gijón germinaba la que seguramente fue la tertulia más influyente y duradera de cuantas conoció en su historia: la de los nuevos poetas de la Juventud Creadora. Fue su fundador y capitán José García Nieto, quien ya había empezado a asistir en la Glorieta de Bilbao a las reuniones del Comercial, con Rafael Sánchez Mazas, Pedro Mourlane Michelena y José María Alfaro.

¹ César González-Ruano, *Memorias, Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid, Tebas, 1979, p. 440.

[19]

LA TERTULIA DE LOS POETAS

13 de Mayo de 1943. José García Nieto tenía entonces veintiocho años. Habían transcurrido sólo tres desde que le repusieran como funcionario del Ayuntamiento de Madrid y publicara su primer libro de poemas, *Vispera hacia ti*. Ese día se dirige a su tertulia del Café Gijón con algunos ejemplares del primer número de *Garcilaso*, de la que era fundador y director. La revista alcanzaría el número 35-36, correspondiente a marzo-abril de 1946. Apenas tres años, pero suficientes para convertirla en el nuevo faro de la poesía española, del que sería continuador, desde enero de 1947, *Acanto*, suplemento de los *Cuadernos de Literatura* del CSIC, que también iba a dirigir García Nieto, por encargo de Joaquín de Entrambasaguas.

En la tertulia del Gijón solían acompañar a García Nieto, además del resto de fundadores de *Garcilaso* (Pedro de Lorenzo, Jesús Juan Garcés, y Jesús Revuelta) otros muchos allegados a la rampante “Juventud Creadora”. Tras la guerra habían sido los primeros en instalarse en el Café de la calle Recoletos bajo la advocación suprema de Gerardo Diego, como recordaba en 1963 José Luis Castillo Puche:

Entre todos los grupos o grupitos, porque el Gijón es algo así como un archipiélago literario, reclamaban el mando y la paternidad los de la Juventud Creadora, que ciertamente algo tenían de “padre de la criatura”. Era natural, habían llegado los primeros y ocupaban más espacio que las demás ínsulas juntas. Allí, en concilio siempre abierto, pero con sesiones más solemnes a la hora del

café, estaban los poetas, todos siempre un poco arremolinados alrededor de García Nieto, oficiante sonriente en el culto a las musas, expedito en ir y venir, en levantarse y volverse a sentar. En los primeros tiempos se emparejaba mucho su atildada figura con otra mucho más delicada y fina, la de Pedro de Lorenzo, cuasi angélico, dulcificado en el reír, alguna vez detonante, siempre silencioso, quien sabe si maquinando esas quinielas literarias o políticas que tantas veces están rozando los 14 resultados; y por allí cerca, como personaje espión del Santo Oficio o de alguna cofradía misteriosa, andaba Juan José Garcés (sic); o Eugenio Mediano, con cara de contrabandista ricachón; o Julio Trenas, con facha un poco de organista de colegiata, gestos de escrupuloso a quien en mitad del claustro le asaltan terribles tentaciones; Pérez Valiente, subversivo, alguna vez desesperado, pero casi siempre conforme; Azcoaga, irritado, irritador e irritante, aunque siempre correctísimo entonces; Pérez Creus, con cachimba de traficante en Dios sabe qué; Manrique de Lara, aspirante a prototipo entre lo romántico y lo actual; Garciasol, exacto y pesado como un arcabuz; Eladio Cabañero, sencillote natural y bueno como un pan de cinco kilos...

A veces este cotarro de la poesía era más cuantioso. Y en los días de pleno estaban también palpitando sonetos de Rafael Morales, a quien yo, cuando no lo conocía no sabía dónde colocarlo si entre los jefes de la Orden Tercera o en un despacho cruel para desbravar novilleros lusos; López Anglada, un poco desbaratado, aun cuando en los días de gala usaba banda morada; y más gente que se pegaba: Eusebio García Luengo, como el pariente pobre de todas las familias literarias juntas; Fernández Figueroa, arbitrario, inconexo, exaltado y, a pesar de todo, gran tipo, y Rafael Montesinos, como huérfano inconsolable... Todos ellos, cuando aparecía Gerardo Diego y se sentaba, entre ellos, aun estando ausente, se

sentían como amparados, rebosantes y plenos, y en algún momento se callaban.”¹

En la historia secreta de esta tertulia y en la biografía de su máximo representante, José García Nieto, hubo un episodio verdaderamente novelesco, coincidente en el tiempo con el nacimiento del premio Café Gijón para novelas cortas. Efectivamente, en 1950 ganaba el prestigioso Adonais de poesía una autora desconocida llamada Juana García Noreña, por el libro titulado *Dama de soledad*, que fue inmediatamente saludado con entusiasmo por la crítica. La sospecha, sin embargo, de que tras aquel nombre se ocultaba el propio José García Nieto (la coincidencia de las iniciales y un revelador acróstico así lo apuntaban), quien era además miembro del jurado que otorgaba el premio, no tardó en extenderse desde los veladores del Café Gijón.

José García Nieto murió el 27 de febrero del 2001. Unos días después, desde las páginas de *El País*, Eduardo Haro Tecglen resumía y aclaraba finalmente buena parte del enigma de Juana García Noreña:

Pocos saben que uno de los mejores libros de José García Nieto fue *Dama de Soledad*, firmado por Juana García Noreña (las iniciales son las mismas de Pepe); no creo que entre en sus obras completas. Lo escribió como un juego literario: para presentarlo al Premio Adonais, y él mismo estaba en el jurado: quería saber lo que opinaban los demás sin saber que era suyo. Opinaron tan bien, que lo premiaron: García Nieto no se atrevió a decir que era suyo: le dio vergüenza por quienes habían encontrado una escritura genuinamente femenina. Huyó hacia adelante y encontró una mu-

chacha que aceptó fingir que era la autora. Tenía algo más de misterio aquella criatura; alguna cosa más que ocultaba para sí. Se encontró de pronto recibiendo y gestionando una gloria grande, el libro era impresionante, recitando en público, entrevistada.

Y, luego, descubierta. Alguien sospechó de las siglas que ella dio como seudónimo: el suyo real no lo debo decir; otro encontró un acróstico en el que podía leerse el nombre completo de García Nieto: “JOven a la muerte voy SÉ que me espera y me llama”, y alguien más lo publicó. “Juana” estaba despavorida. Una noche me la trajo un señor a casa: la había encontrado en un banco dormida, y no se despertaba: la llevé a una casa de socorro, la hicieron un lavado de estómago y ella dio mi dirección, porque no se atrevía a volver a casa de sus padres. Durmí, descansé, lloré; escribí una carta al periódico que había descubierto la cuestión defendiéndose y fingiendo que el acróstico se debía a un amor oculto por García Nieto. La realidad es que la carta la escribí yo; y un poema que mandó al mismo periódico lo hizo García Nieto. No era bueno que siguiese en mi casa, que era la de un hombre solo aunque no había ninguna posibilidad de otra relación: mi sólo cariño lo tuvo siempre y le encontramos un escondite en casa de la gran actriz Elena Salvador; luego, en la de Blanca Montarco. Íbamos a verla Gerardo Diego, que había publicado un artículo en *Abc* defendiendo a la autora femenina del libro: no sabía la verdad, y tardó mucho en aceptarla, y otros amigos, y, finalmente, se fue de Madrid. Creo que para siempre. Un día en que pasaba yo por la Gran Vía se paró un taxi a mi lado y se bajó “Juana García Noreña”: con unas botas de montar, un látigo en la mano. Me dijo que vivía en la finca de pueblo de una poetisa. No he vuelto a saber más.¹

¹ José Luis Castillo-Puche, “El *Café de Gijón*. Un archipiélago literario en el que cada tertulia es una isla”, en *Blanco y Negro*, Madrid, 26 enero 1963.

¹ Eduardo Haro Tecglen, “Un libro de García Nieto”, en “Babelia”, *El País*, 10 marzo 2001.

El verdadero nombre de “Juana García Noreña”, que no quiere desvelar Eduardo Haro Tecglen, no era estrictamente un misterio, puesto que ya había sido difundido en el mismo 1950, mediante una nota sin firma (nota muy probablemente redactada por el propio García Nieto) publicada en *Cuadernos Hispanoamericanos* dando detallada noticia de la concesión del premio a una poetisa hasta entonces desconocida, llamada Ángeles Borbolla, de la que se informaba que era:

Una menudita asturiana de veinticuatro años, quien para los olímpicos del Café Gijón era apenas una entrometida que, según ella misma decía, escribía de vez en cuando cuentecillos en prosa, resulta que estaba haciendo, a solas, un buen libro de versos. Ni los más íntimos conocían esa labor.¹

En cuanto al hecho de que Gerardo Diego fuera tan remiso a admitir lo que con el tiempo se iba haciendo ya una evidencia, parece deberse a la lógica incredulidad de quien ha sido objeto de un engaño impensable para él. Hay que tener en cuenta que Gerardo Diego, que se sentaba a diario en el Gijón con García Nieto, era uno de los integrantes, junto al propio poeta ovetense, del jurado que concedió el Adonais del 50 (el resto de componentes eran José Luis López Arangure, Florentino Pérez Embid y José Luis Cano).

Junto al siempre amable y diligente García Nieto, el perfil inmutable de Gerardo Diego, gran patricio de los jóvenes poetas del Gijón, extremadamente parco en palabras y gestos, coronó como una venerable figura de cera aquella tertulia durante décadas. Aunque para algunos, entre los que se contaba César Gon-

¹ *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, nº 18, Noviembre-Diciembre 1950, p. 72.

zález-Ruano, “Gerardo Diego, con esa pose o esa extraña sinceridad de atontado oficial, era de trato difícil”.¹

La longevidad de la tertulia de los poetas, como la del propio Gerardo Diego, le confirió un carácter transgeneracional y en ella se fueron integrando progresivamente los creadores más jóvenes. Aún así, el grupo fundacional mantuvo una obstinada permanencia. De este modo se la encontró Francisco Umbral a principios de los sesenta:

Yo creo que estaban todos allí desde el año cuarenta. Nada más terminar la guerra, se habían sentado cada uno en su silla o en el diván del café como ocupando un sitio que tenían reservado en los venideros olimpos literarios del hambre y los periódicos, y estaban horas y horas en torno a una jarra de agua mareada y triste, fotografiados por todos los espejos en una inmortalidad equívoca y feliz, pobretona y de buena fe.

Gerardo Diego, José García Nieto, Ramón de Garciasol (que se llama Miguel Alonso Calvo y quizás eligió el seudónimo por razones más políticas que estéticas), Jesús Juan Garcés, Jesús Acacio, Manrique, Juan Pérez Creus, Luis López Anglada, Álvarez Ortega, Eladio Cabañero, Francisco García Pavón, Leopoldo de Luis y, a veces, Ignacio Aldecoa o Buero Vallejo.²

Gerardo Diego, por no hacer mudanza en su costumbre, se mantenía tan poco locuaz e inexpresivo como siempre:

Gerardo Diego tenía algo de pobre de pedir soso, que no pide nada, una sequedad un tanto de sacristía, desmentida por la pelambrea interior que le salía por las orejas y un poco por la nariz,

¹ César González-Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid, Tebas, 1979, p. 206.

² Francisco Umbral, *La noche que llegué al Café Gijón*, Barcelona, Destino, 1977, p. 15.

como la abundancia de versos —versos para los conversos y para los reversos— que habían llenado varias épocas de la vida española. A Gerardo le veía yo y le veo un poco como el surrealista dominical que puede llevar a casa, con el paquetito de la pastelería, un puñado de imágenes enneguecedoras, un ramo de palabras festivas, fluviales y enamoradas. En la tertulia se estaba quieto, clerical y profesor, fraile de paisano, catedrático de rezos laicos, con las piernas muy juntas y las manos también juntas, y a veces el mar de Santander se le pasaba por los ojos, pero Gerardo incurría en parpadeo y el mar se le volaba. [Umbral, p. 16]

Como si se tratase de injertos, a las tertulias históricas del Gijón, y muy especialmente a las de los poetas, les fueron saliendo con el tiempo ramificaciones:

Paredaña a la vieja tertulia de poetas que ya he descrito, estaba esta tertulia de jóvenes, tertulia como segregada por la anterior, y que componían el citado Diego Jesús [Jiménez], Marcos Ricardo Barnatán (un judío rubio, argentino y borgiano), Antonio López Luna, un cordobés bello y de gran escuela gongorina, Ángel García López, andaluz de recios y tiernos versos, Antonio Colinas, castellano exquisito de vocación europea y neorromántica, y Antonio Hernández (...) También, a veces, Alfonso López Gradolí. [Umbral, p. 60]

MARINO EN TIERRA

En 1955 se publicó el libro de Marino Gómez Santos *Crónica del Café Gijón*. Escrito en el propio café durante los primeros meses de ese mismo año, el joven escritor astu-

riano ofrecía allí un sugerente fresco de personalidades, personajes y anécdotas del establecimiento. El libro fue prologado por su protector César González-Ruano (autor también de la ilustración de la cubierta) y llevaba un epílogo de Ramón Gómez de la Serna. El magisterio de ambos queda de manifiesto en las páginas de este libro, escrito con tanta voluntad de estilo como desparpajo.

Pero, contra lo que su autor podía esperar, el libro sentó muy mal entre muchos contertulios, hasta el punto de que fue la causa más o menos directa de que González-Ruano abandonase muy dignamente el Gijón y trasladase al vecino Teide su recado de escribir.

En la sección “Paliques literarios” de *Ateneo*¹ se publicó, nada más aparecer el libro de Gómez Santos, un artículo firmado por “El indiscreto” donde se pormenorizaba alguno de esos efectos:

—Me dicen que el poeta Manolo Pilares, aludido en el citado libro, no está conforme con la mención, y uno de los días en que Marino estaba sentado en el café se acercó a la mesa e hizo ademán de coger una botella...

—Incidente.

—No lo hubo, porque, al parecer, César González-Ruano intervino como pacificador [...]

—Ruano no podrá vivir sin cafés pero ya no volverá al Gijón. Ni Marino Gómez Santos tampoco. Se enfadaron.

—¿Cómo es eso?

—Como se enfada uno en los cafés. Ruano porque fue un día de esos de lleno a la salida de los teatros, y no sólo no le hicieron sitio los camareros, sino que cuando le habilitaron lugar en una mesa no le llevaron la silla..

—¿Y Marino?

—Vera usted. El editor del libro preparó un ejemplar encuadrado en piel y con papel especial para el establecimiento cuya biografía contaba...

—¿Y no la adquirió el dueño del café?

—Debió de pensar, según Marino, que aquello era regalado. Cuando le dijeron que era para adquirirlo, dijo que no lo compraba.¹

En el siguiente número de la misma revista era Juan Pérez Creus quien, dentro de su sección “Viento en pipa”, insistía en la mala acogida de *Crónica del Café Gijón*, con una irónica nota titulada “Marino en tierra”:

Tras la publicación de su libro sobre el café Gijón, Marino Gómez Santos se ha hecho popular: no hay quien hable bien de él.

Yo hice las paces con el muchacho y no hubiese vuelto a decir “este ripio es mío” a no ser que en el “Defiéndase usted” que Olano redacta para *Pueblo Marino* se hubiese tapado con César González-Ruano y Alfredo Marqueríe.

*Si Marino, paso a paso,
logró con visión certera
una plaza de primera
a la entrada del Parnaso,
en Pueblo plantea un caso
bastante repajolero:
a hombres de cuerpo entero
les dio el papel antipático
de cocinera del ático
y de chacha del tercero.*²

¹ *Ateneo*, nº 86, Madrid, 1-5-1955.

² *Ateneo*, nº 87, Madrid, 1-9-1955.

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS TERTULIAS

A causa de una inundación de aguas fecales, el Café Gijón estuvo cerrado algunos días en 1943, acelerando esta circunstancia el deterioro que el propio paso de los años iba ocasionando en el local.

Los tiempos, sin embargo, no estaban para dispendios mayores. El negocio marchaba a regañadientes y el arqueo diario arrojaba saldos de caja más bien deprimentes. Muchos clientes, por no decir que todos, pedían un café —1,50 pesetas— y se pasaban sus buenas horas frente a la jarra de agua, que hacían llenar de cuando en cuando. También se pedía mucho bicarbonato, porque, como decía un pintor surrealista y semigenial, “algo alimentará”. Los buenos camareros llevaban unos cuadernitos, en donde anotaban cuidadosamente los débitos de los clientes, cuatro, diez, doce cafés hasta fin de mes. El cerillero prestaba dinero, cinco, quince, veinte duros, sin ninguna clase de usura. [Tudela, p. 67]

Pero, no tardando mucho (en el año 1949) se acometería una nueva reforma del Café Gijón, de la que se ocupó el arquitecto Carlos Arniches, hijo del popular dramaturgo. El Gijón se preparaba de este modo para sobrevivir en unos tiempos muy poco propicios para los viejos cafés, que, definitivamente, cedían espacio a la nueva moda de las cafeterías, en las que la permanencia de los clientes no podía dilatarse durante horas y horas en torno a un solitario café y una jarra de agua. Así lo recordaba la actriz María Asquerino, protagonista de la extraordinaria película *Surcos* (1951), de Antonio Nieves Conde, y que

según Francisco Umbral “se colocó de existencialista en el Café Gijón de los años cincuenta”:

Inmediatamente después de la guerra ya empezaron las cafeterías. Enseguida se abrió la primera, California, en la calle de La Salud, al lado de la Gran Vía. Fue el asombro de todo el mundo. ¡Una cafetería!... Sin embargo, los cafés, algunos cafés, seguían estando de moda, como el Gijón, que nunca pasa de moda.

La primera tertulia a la que yo asisto, a finales de los cuarenta, es a la del Café Gijón. Un día aterricé por allí (estos aterrizajes míos que duran años) por dos razones: porque como vivía en la calle Augusto Figueroa, el Gijón me quedaba cerca; y porque había oído que allí iba la gente de la profesión.

En Madrid, en los veranos, no había más distracciones que las verbenas y el Café Gijón. En aquella tertulia del Gijón había de todo, y eso era precisamente lo bueno. Por la noche nos quedábamos allí hasta las cuatro o las cinco de la mañana, en unas tertulias inolvidables, donde la gente contaba cosas maravillosas.

El Gijón estaba lleno siempre. Para encontrar una mesa había que pelearse mucho. En verano en la terraza y dentro en invierno. Era el café de moda, y la gente de éxito o que aspiraba al éxito iba allí. Los consagrados, los por consagrar y los que no se consagrarían nunca.¹

La España oficial de entonces era represiva en lo político, autárquica en lo económico y básicamente censora con la inteligencia y el arte. Sin embargo los artistas y los intelectuales (los afectos y los desafectos al régimen) se las arreglaban para sobrevivir en ambiente tan hostil. Ningún ejemplo más ilustrativo

¹ Cito por: Juan Bonifacio Lorenzo Benavente, *El Café Gijón y el cine*. Ciclo : Junio 1999, Oviedo, Filmoteca de Asturias, 1999.

al respecto que la iniciativa que en 1949 toma un joven actor de cine y teatro para crear un premio de novela con el nombre del Café Gijón, corriendo él personalmente con todos los gastos. Y eso que Fernando Fernán-Gómez, aun con tener cierta desenvoltura económica, tampoco era el rey Midas. Lo que ocurre es que, como todo en la vida, también en esto de la riqueza y de la pobreza hay grados. De ello podían dar fe algunos jóvenes contertulios, como Jesús Pardo¹, que recibieron en el Gijón la visita de Truman Capote:

Nunca vi tan clara la relatividad de la pobreza como el día de los primerísimos años cincuenta en que el escritor norteamericano Truman Capote cayó por el Gijón y el camarero Manolo Luna atendió a su ruego de “presentarme algunos colegas españoles”: los presentados fuimos cuatro o cinco escritores de solemnidad, pues entre todos no teníamos una cuartilla impresa: Mariano Tudela, Luis Trabazo, no sé si Ignacio Aldecoa, y alguno más, además de mí. La aparición de Truman Capote en nuestra mesa resolvió el urgente problema de pagar el café que estábamos tomando (...)

Truman Capote, medio en italiano y medio en francés, y medio ayudado por mí, el único que hablaba inglés allí, nos dijo enseguida que él también lo había pasado muy mal:

—No crean ustedes, colegas, que la bohemia es cosa europea, también los escritores norteamericanos pasamos nuestras crujiás, y bien duras, por cierto.

Esto despertó nuestro interés.

—Por ejemplo —prosiguió Capote—, en una ocasión me vi tan

¹ Jesús Pardo, *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama, 1996, pp. 170-171.

apurado de dinero que decidí tomar medidas urgentes. Lo primero que hice fue coger la máquina de escribir...

Nos miramos: no podía irle tan mal si no había empeñado la máquina de escribir. Entre nosotros sólo Aldecoa tenía una, y eso bastaba para darle fama de rico.

—...y el coche...

El coche era inempeñable pero no invendible. Ningún literato del Gijón tenía coche por entonces. El primero que lo compró fue el novelista Carlos de Santiago, un año o dos más tarde, y tuvo que pasar meses invitando a café a todo el mundo:

—Que pague Carlos —decíamos todos—, que para eso tiene coche.

—...lo llené de bocadillos de pollo y botellas de whisky...

Nosotros ya sólo escuchábamos a medias, porque aquello no era serio, sobre todo cuando añadió:

—...y me fui a una casita que tenía en la costa...

La crisis de comprensión devino total, le mirábamos como a un extraterrestre.

—...donde pasé dos meses escribiendo una comedia, la estrené enseguida en Nueva York y así salí del paso.

O sea que, encima de máquina y coche, y bocadillos, y whisky, y casita de campo, y tiempo libre, tenía influencia para estrenar, mientras Alfonso Sastre iba por los teatros con su drama y ni le recibían.

Estaba claro que lo que teníamos delante era un candidato prematuro a escritor de la era espacial hablando con un grupo de bohemios rezagados de la época romántica.

A medida que avanza la década de los cincuenta, el Café Gijón va quedándose en solitario como centro neurálgico de las tertulias artísticas y literarias madrileñas. Poco a poco van desapareciendo los cafés y terrazas de la puerta del Sol y de la calle Alcalá .

Son contadas las tertulias relevantes de esa época que se celebraban fuera de las paredes del Gijón. Entre ellas estaba la de los poetas del Café Varela (en la calle Preciados) o la de los novelistas y poetas sociales del Café Pelayo (esquina Menéndez Pelayo y Alcalá), a la que acudían Gabriel Celaya, Juan García Hortelano, Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, Armando López Salinas... Ésta era una tertulia de frontal oposición al régimen, lo que atraía por igual a los provincianos izquierdistas y a los de la Brigada Social, creándose a menudo un clima de incomodidad sospechosa con el recién llegado, pues no se sabía nunca a cual de las dos especies citadas pertenecía realmente.

El Café Gijón se había hecho cita obligada para cualquier artista que pasara por Madrid, incluidas las estrellas del séptimo arte. Con cierta asiduidad lo visitaron Ava Gardner, Orson Welles, Joseph Cotten y, sobre todo, Georges Sanders, que vivió un tiempo en Madrid.

En 1963 se procedió de nuevo a reformar el local, de cuyo proyecto se encargó a un arquitecto de entre los varios contertulios, Francisco Iza. La reapertura tendría lugar el 24 de marzo de 1963. La novedad más importante fue la incorporación de un restaurante en el sótano del café. En 1986 también estaría cerrado durante dos meses el Gijón debido a que hubo que realizar otra reparación de urgencia para evitar la amenaza de derrumbe del techo.

El ambiente del Café Gijón fue adaptándose a los nuevos tiempos de la etapa desarrollista. Las mujeres alternaban con los hombres, fumando y consumiendo, ya no solamente café, sino también otras bebidas más *à la page*, como vermú, ginebra, whisky y en ocasiones especiales incluso champán.

El café Gijón de la segunda parte de los sesenta era ya el café de tertulias por antonomasia de Madrid. No solamente estaba frecuentado por escritores, poetas o novelistas, músicos y artistas de varia dedicación. Al Gijón, cada día con mayor asiduidad, asistían actrices, actores, cantantes, toreros y musas de todo pelaje y condición. Tampoco faltaban los que siempre procuran estar a la moda, porque el café estaba de moda y era cosa de dejarse ver alguna vez por él, sobre todo en sus alegres noches de verano.

Las mañanas eran tranquilas y distendidas, con floración de tertulias (...) Las tardes eran bullangueras y estrepitosas, con tertulias que se iniciaban antes de las tres y duraban hasta cerca de las siete. Y las noches, más bien tranquilas, con asistencia de gentes de teatro, bohemios y algún que otro tipo divertido. [Tudela, pp. 95-96]

Francisco Umbral, que publicó en 1972 *La noche que llegué al Café Gijón*, su extraordinaria y personalísima evocación de los sesenta y setenta, contribuyó a engrandecer con ese libro la leyenda del Gijón. Pero al viejo café, que durante las primeras décadas de posguerra había sido una especie de reducto (fortín y prisión) de la inteligencia, el tramo final del siglo le reservó, con la democracia y sus libertades, un papel más apacible y sosegado. Tal vez por ello este periodo se da menos a la evocación épico-lírica que inspiran otros tiempos más difíciles. Son muy ilustrativas al respecto estas palabras de José Manuel Caballero Bonald :

Ahora sólo me acerco al Gijón muy de tarde en tarde. Pero cuando lo hago, siempre confundo el distanciamiento con la nostalgia. No ya porque el Gijón esté vinculado a cierta peculiar historia literaria de la posguerra, sino porque de hecho figura adscrito al paisaje de mi primera educación sentimental. Y eso, por más que tienda a

empolvase en la memoria, conserva siempre una especie de barniz emocionante.¹

Con todo, cuando en 1988, coincidiendo con el centenario, estuvo a punto de desaparecer el Gijón, a causa de una tentadora oferta que se les hizo a los propietarios, se levantaron de inmediato numerosas voces en defensa de su supervivencia. De esta vehemente manera lo hacía Raúl del Pozo:

Dicen que ofrecen 500 millones. Un millón por metro cuadrado. Como si hubiera salido petróleo en el paseo de Recoletos. Los dos Pepes y sus primos, que son los dueños, deben saber que el café pertenece a la indigencia y a la inteligencia colectivas y no se puede vender. Que se lo lleven todo: Galerías y torres, solares y almacenes, pero que nos dejen el Gijón para que nos podamos seguir reuniendo en torno a nuestras propias tumbas para insultar a tanto mamón, mientras Madrid transcurre por los deslumbrantes ventanales del viejo café.²

Salvado el escollo, ese mismo año de 1988 vio como se homenajeaba unánimemente al Café Gijón desde dentro y fuera de sus paredes. Se hicieron programas de radio y televisión, se publicaron en periódicos y revistas decenas de artículos evocativos y algunos de ellos fueron recogidos en un volumen colectivo (*Café Gijón. 100 años de historia*) debido al fervor y a la memoria de cuatro veteranos contertulios: Mariano Tudela, José Esteban, Charles David Ley y José María Kaydeda. Muy similar a este libro es el editado en 1999 con el título de *El libro del*

¹ José Manuel Caballero Bonald, "El Gijón", en *El libro del Café Gijón*, Madrid, 1999, p. 162.

² Raúl del Pozo, "Requiem por el Café Gijón", en *Café Gijón. 100 años de historia*, Madrid, Kaydeda, 1988, p. 203.

Café Gijón, en el que se incluye también un extenso y documentado artículo de Mariano Tudela, en el que hace un recorrido por los avatares históricos del café. En 1998 el Café Gijón volvió a cambiar de dueño, siéndolo desde entonces Gregorio Escamilla Saceda

LA IRRESISTIBLE LLAMADA DEL CAFÉ GIJÓN

Para comprender cabalmente lo que ha significado durante décadas el Café Gijón, nada mejor que situarse en la perspectiva de cuatro escritores jóvenes, resueltamente decididos a vivir de y en la Literatura (no todos tendrían el mismo éxito), cuando acudían a él por primera vez.

Avanzado el año 1948 se dejaba caer por Madrid, procedente de Santander, Jesús Pardo, un joven resuelto, que venía con las ideas muy claras sobre dónde debía iniciar su carrera literaria:

Recién bajado del tren fui a asomarme un momento al Gijón, antes incluso de instalarme en la pensión del tío Polo.

Sentado en el fondo vi a Camilo José Cela, escuálido y anguloso, cabeza abombada y rostro largo; abstraído, serio y agorero, en la contemplación del mármol de su velador. Algo más a la derecha, junto a la ventana, Rafael Sánchez Ferlosio, luminoso y bello perfil de hidalgo del Siglo de Oro, fijos los ojos en su pipa, como escrutando el fondo de la cazoleta.

La familia de Pascual Duarte y *El Jarama* contemplaban mi bisoñez desde lo alto de su precozmente veterana gloria.

Así empezaron para mí tres años casi mágicos.

El Gijón imponía entonces, y hasta, como en mi caso, teleimponía en rincones provinciales, toda una filosofía vital. Yo vivía

allí, literalmente: allí pensaba y escribía, allí convergían todas mis citas y todos mis acreedores, allí leía y estudiaba y dejaba mis libros por las noches al irme a casa [Pardo, pp. 172-173]

1951. Un joven ovetense de apenas veintiún años, aspirante a escritor, sueña desde su rincón provinciano con los fulgores de la vida literaria madrileña.

Es Marino Gómez Santos, el que habría de ser primer cronista del Café Gijón. En *Españoles en órbita*, una de sus numerosas incursiones posteriores en el género de las entrevistas, explica cómo nació su admiración por César González Ruano y el café del paseo de Recoletos.

Un domingo por la mañana fui a recorrer los escaparates de las librerías. Cuando ya se acababa mi itinerario, en uno de los escaparates, vi un librito pequeño con una cubierta en la que aparecía un caballero sentado en un sillón, junto a una chimenea, rodeado de libros, de retratos y de pequeñas figuritas, relojes de bolsillo colgados de la pared, máscaras, candelabros y otros objetos. Sobre el dibujo de la cubierta estaba escrito el nombre del autor del libro: César González Ruano. Y más abajo, con letras rojas: *Ni César ni nada*. El libro debería tener poco más de cincuenta páginas. Estaba bien editado. Al fijarme más me di cuenta de que traía una faja: *Premio Café Gijón 1951*.

Me habían dicho que allí se reunían los escritores jóvenes.

“Este café debe ser como el Fornos en los tiempos en que Baroja iba a las tertulias”, pensé yo.

¿Quién sería aquel González-Ruano? ¿Andaría por mi misma edad? ¿Viviría en una provincia como yo?

Ahora me avergüenza mi ignorancia; pero entonces no existían para mí otros ídolos contemporáneos que Pérez de Ayala, “Clarín”, Galdós y Menéndez y Pelayo.

Me ocurría que había vivido más en las bibliotecas y que andaba de espaldas a la actualidad.

Pero de pronto aquel libro del escaparate había removido en mí una dormida curiosidad. Miré a través del escaparate. Había luz. Llamé por los nudillos. Sentía una gran impaciencia por leer aquel libro, no podía esperar al día siguiente.

Y me vendieron el libro y lo leí aquella misma tarde de un tirón.

Como quien se emborracha y en la euforia toma un tren para Andalucía, yo me lie la manta a la cabeza y realicé mi viaje a Madrid.

Decididamente, estaba convencido que en la vida tenía que haber escritores, que éstos eran unos seres que en vez de ir por las mañanas a la oficina, escribían novelas en Mallorca, y que si quería conocerlos tenía que mandar al cuerno la provincia, pasar el Pajares y plantarme en Madrid a la conquista de la Puerta del Sol, como llamó Emilio Carrere a esta renovada y eterna aventura de los provincianos que llegan a Madrid para dedicarse a la literatura.

No lo pensé más. Tomé un billete. Por fin iba a entrar en el mundo donde habitaban los escritores, donde nadie iba a extrañarse de que uno quisiera escribir también.

—Al fin y al cabo, si luego resulta que fallo todo, me vuelvo.

Y, en efecto, algunos de mis paisanos lo esperaban con júbilo.

El mismo día de mi llegada, Juan Antonio Cabezas me llevó al Café Gijón como quien lleva un creyente a la Meca. Al entrar vi unos individuos que escribían con avidez y fumaban con nerviosismo. En las tertulias formadas alrededor de los veladores unos se leían cuartillas a otros.

Para mí aquello fue un espectáculo deslumbrante. Todos eran mayores que yo. Gentes con buen aspecto, que no parecían maltratados por la vida.¹

¹ Marino Gómez Santos, *Españoles en órbita*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1964.

Por esos mismos años aparecía por el Café Gijón un joven escritor murciano llamado José Luis Castillo Puche, quien no tardando mucho habría de pasear por Madrid en compañía del mismísimo Ernest Hemingway. Castillo Puche escribió en 1963 para *Blanco y Negro* un amplio reportaje sobre el Gijón con motivo de su reforma, en el que recordaba el modo en que accedió a él por primera vez:

Desde el rincón provinciano uno había soñado, lo había deseado infinidad de despertares, llegar a Madrid y entrar al café *Gijón*. ¡A conquistarse la fama, nada menos!

Uno se conocía el *Gijón* de fotografías, con sus letras de oro de “Gran Café”, su colgante anuncio de tienda de moda al cobijo de los árboles de Recoletos, árboles y edificios con mucha historia. ¿Era el número 21? Sí, era el 21. Además no habría modo de engañarse. El *Gijón* podría ser un café más, pero *Gijón* no había más que uno. A través de los tres amplios ventanales siempre se retrataba alguna figura pensante, con la pluma en la mano. Entrar allí sería sentirse inspirado forzosamente. Uno se quemaba en ansias de pisar tierra madrileña y de penetrar en el *sancta sanctorum* del arte, la poesía e incluso de la vida...

Ardía uno en impaciencias por colarse definitivamente en aquel profano cenáculo. Era la vocación irretardable de uno mismo.

¿Quién me dio las letras comendaticias? Creo que fue Valbuena Prat, y me las dio, por cierto, en otro café literario, el *Santos*, en Murcia, que acaso podría tomarse como una modesta sucursal del *Gijón*, despacho central de billetes para la gloria literaria.

Y me vine. A probar fortuna y suerte. A ver si era verdad que la tentación que sentía dentro era más fuerte que yo mismo.

Y llegamos a Madrid. Y casi, derechos, nos fuimos al café *Gijón*.

¿Qué joven con vocación literaria que haya llegado a Madrid no ha hecho lo mismo?¹

1961. El joven que ahora llega al Café Gijón había nacido en Madrid en 1935, siendo inscrito en el registro como Francisco Pérez Martínez, pero vivió desde niño en Valladolid, donde firmaba sus artículos de periódico con el nombre de Francisco Umbral:

Toda una vida (o eso me parecía) leyendo cosas sobre el Café Gijón, allá en provincias, y ahora estaba yo aquí (...)

La colisión de gentes en el café era ya cataclísmica, todo el mundo saludaba a todo el mundo, los camareros pasaban repetidos por los espejos, en un sueño de humo, y yo no conocía a nadie.

Estuve un largo rato, quizá horas, viviendo aquello, disfrutando aquello, diciéndome para mis adentros, para mi café con leche: esto es el Café Gijón, estoy en el Café Gijón, en el capullo del meollo del bollo, aquí es donde pasa todo. Pero no pasaba nada. [Umbral, pp. 9-10]

Lo cierto es que mi sitio —hay que hacerse siempre la ilusión de que uno tiene un sitio— estaba en el Café Gijón. Se ha dicho que el español va al café huyendo de un hogar mediocre. Yo creo que el escritor español va o ha ido o iba al café huyendo de la verdad de la literatura, que es una verdad de clase media y comedorcito heredado. Buscando esa nave épica, política y lírica que es el café, donde él se juega cada día su prestigio de conversador, su au-

reola política y su biografía. Muchos que me habían parecido dignos en el café, casi grandes, importantes, muy personales, me los encontraba luego por la calle, un día, y en la calle no eran nadie, sólo un peatón gris y tenue. Hace muchísimos años que el escritor perdió su grandeza social. El romanticismo fue el último intento exasperado por recuperarla. Y en España el 98. Sabíamos que en la calle de Madrid no éramos nadie e íbamos al Café Gijón para sentirnos algo. Alguién." [Umbral, p.53]

¹ José Luis Castillo-Puche, "El *Café de Gijón*. Un archipiélago literario en el que cada tertulia es una isla", en *Blanco y Negro*, Madrid, 26 enero 1963.

EL PREMIO DE NOVELA
CAFÉ GIJÓN

El premio Café Gijón para novelas cortas fue instituido en 1949 por el actor Fernando Fernán-Gómez, quien corrió con todos los gastos que el certamen ocasionaba, incluida la publicación de la obra ganadora, hasta la edición de 1954.

Poco después, y hasta 1975, el propio establecimiento hostelero se encargó de la convocatoria del premio. Hubo una fugaz recuperación (1983 y 1984) con el patrocinio de Radio Cadena Española y Polar Ediciones, hasta que, en 1989, tras una pausa coincidente con la remodelación en las instalaciones del Café y con su centenario, fue retomado por su actual promotor, el Ayuntamiento de Gijón, en la modalidad de novela larga y con un considerable aumento de la dotación del premio.

Durante la primera etapa (1950-1954) el ganador del premio obtenía 1500 pts. de premio, que conllevaba además la publicación de la obra. Dicha publicación se produjo, en efecto, a expensas del propio Fernán-Gómez, en las dos primeras convocatorias, publicándose en libritos muy bellamente editados *La primera actriz*, de Eusebio García Luengo, *Ni César ni nada*, de González-Ruano y *El andén*, de Manuel Pilares (segundo premio de 1951). Tenemos noticia también de que los vencedores de las tres primeros años fueron publicados en folletón por el periódico *El Alcazar*. Sin embargo, no nos consta que se haya editado en libro la novela de Fernando G. de Castro premiada en 1952. Sí fueron publicadas *Fiesta al Noroeste*, de Ana María Matute (1953) y *El Balneario*, de Carmen Martín Gaité (1955).

Hemos podido reunir muy escasa información respecto a la forma en que se organizaron las convocatorias de los premios Café Gijón desde esa etapa hasta 1984, periodo en el que hubo años en que no fue convocado. Se da con frecuencia la circunstancia de que las novelas ganadoras no llegaron ni siquiera a ser publicadas en forma de libro y en algún caso desconocemos por completo la personalidad de sus autores por no haber desarrollado con posterioridad obra literaria conocida. Parece que, al menos en alguna de las ediciones se siguió con la costumbre de publicar las obras ganadoras en periódicos o revistas (en *Garbo*, por ejemplo).

En 1983 hay un primer intento de revitalizar el premio, cuya dotación se sube a 500.000 pts., aportadas a partes iguales por Polar Ediciones, que se encargaría de editar la obra premiada, y Radio Cadena Española, cuyo propósito era emitirla en capítulos a través de las ondas. Esta etapa sólo alcanzó dos convocatorias.

En 1988 el premio fue respaldado por la potente editorial Plaza & Janés, teniendo una dotación de un millón de pesetas más la publicación consiguiente de lo que ya era una novela larga.

Pero es justamente tras el centenario del café, en 1989, cuando se produce la recuperación del premio Café Gijón con garantías de continuidad y un fuerte aumento de la dotación (dos millones en principio y tres millones en la actualidad), gracias al patrocinio y organización del Ayuntamiento de Gijón, que de este modo correspondía a aquel primer homenaje que había hecho el gijonés Don Gumersindo García en 1888 al bautizar el café con el nombre de su ciudad natal.

EL FUNDADOR: FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ

Que Fernando Fernán-Gómez es mucho más que un simple actor de cine y teatro, es cosa bien conocida en la actualidad, con una extensa obra literaria a sus espaldas, paralela a su prestigiosa carrera dramática y cinematográfica que incluye, además de la interpretación, el guión y la dirección de algunas de las mejores películas del cine español. ¿Pero quién era Fernán-Gómez en 1950 y por qué tuvo la insólita ocurrencia de gastarse los cuartos en la creación y mantenimiento de un premio literario?

Pues, entre otras cosas, Fernando Fernán-Gómez era un aprendiz de escritor, asiduo a las tertulias del Café Gijón, donde gustaba alternar con los jóvenes y no tan jóvenes literatos que allí acudían (Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo, José García Nieto, Manuel Pilares, Carlos Bousoño, Eugenio Montes...) Su participación en alguna película de éxito le había reportado considerable popularidad y cierta solvencia económica, muy poco extendida entre quienes se movían en aquel mundillo artístico. Obtiene especial fama por su participación en *Botón de ancla*, del director Ramón Torrado, lo que hace que la gente empiece a conocerle por la calle, aunque sin saber su nombre, y le llamen “el que muere en *Botón de ancla*”. Este éxito fue el que le permitió ejercer el mecenazgo del *Café Gijón*. Por entonces también dirigía Fernán-Gómez, junto a Francisco Tomás Comes, el teatro de Ensayo del Instituto de Cultura Italiano, donde se proyectaban los primeros films del neorrealismo italiano. En ese

mismo año de 1950 se casó con la actriz y cantante María Dolores Pradera, de la cual se separaría años más tarde.

Su amigo, el periodista Eduardo Haro Tecglen, en el prólogo a *Las bicicletas son para el verano*, nos ofrece un ajustado perfil del fundador del premio Café Gijón:

Allí [en el Instituto-Escuela de la calle Serrano, hoy Instituto Ramiro de Maeztu] se formó Fernando Fernán-Gómez “liberal, anarquista, católico —éste era un concepto político— y un poco de derechas por parte de madre, aunque nunca conseguí ser monárquico como ella”. Vivió los acontecimientos políticos, y esa extrañísima experiencia de la vida cotidiana que fue el Madrid cercado, hambriento, bombardeado en la guerra civil; y el Madrid de la Victoria, cuando la ciudad empezó a transformarse en otra cosa. Allí escribió sus primeros y sus segundos versos; y todavía en la calle Álvarez de Castro —la primera casa de su primer matrimonio— reunió al jurado del premio que él dotó con el dinero que ganaba como actor de cine y teatro: el Café de Gijón. La carrera de actor comenzó, como queda dicho, en el cuadro artístico de su colegio; se apuntó en una escuela de arte dramático de la C.N.T. —profesora de declamación, la actriz Carmen Seco—; se inició en los teatros de guerra —Pavón, Eslava— y culminó en la posguerra, en *Los ladrones somos gente honrada* de Enrique Jardiel Poncela, que escribió para él —para su físico peculiar— el papel de Pelirrojo (o lo adaptó, porque entonces las obras se adaptaban o se escribían para las disponibilidades de reparto de la compañía). De las manos de Jardiel pasó a las del cine: un primer papel en *Cristina Guzmán, profesora de idiomas* (novela de moda, novela rosa con un poco más de literatura de lo habitual, de Carmen de Icaza, adaptada al cine por Gonzalo Delgrás y producida por Cifesa). Vendrían después los grandes éxitos: *Balarrasa*, *Botón de ancla*. “Once años de personajes

estúpidos, de películas casi siempre inocuas, de sueldos miserables, de hambre, de largas épocas de parada, de momentos—larguísimos momentos, momentos que no deben llamarse así— de desaliento, de desesperanza”.

En toda esta zona de su vida hay ya una continua versión doble de Fernando Fernán-Gómez: el actor de éxito y el intelectual algo oculto, algo soterrado: como si tuviera un poco de vergüenza de escribir o de decirse escritor, probablemente por la jactancia, el vocabulario, el brillo de algunos de los jóvenes creadores junto a los que se sentaba en el Café de Gijón. Tertulia de años.¹

Pero oigamos de boca del propio Fernando Fernán-Gómez como fue el nacimiento del premio:

En esa tertulia, allá por el cuarenta y seis o cuarenta y siete, decidimos hacer un Premio, más que nada para jugar, reunirse como jurados, imitando a los del Nadal que entonces llamaba mucho la atención. Pero, claro, en lo nuestro no había financiación, no había de dónde sacarla. Recuerdo que la cantidad que dimos de premio el primer año fueron 1500 pesetas, una cifra ya ridícula entonces. Y la edición. Como yo era el único que cobraba unos sueldos que me permitían ser mecenas, los sueldos eran raquíuticos pero me parecían maravillosos, y las 1500 más de la edición, que debía de ser otro tanto, salió de mi sueldo y a mí me hacía ilusión. [...] Estábamos allí García Nieto, José María Valverde, Eugenio de Nora, Eugenio Sánchez, Pedro de Lorenzo, Camilo José Cela... Duró la tertulia tanto que acabó no pareciéndose en nada a la de origen, y tengo los nombres muy mezclados: Buero

¹ Eduardo Haro Tecglen, Introducción a *Las bicicletas son para el verano*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, pp. 29-30

Vallejo, Eugenio Montes, Carlos Bousoño, Eusebio García Luengo, Manuel Pilares...¹

Como en toda tertulia que se precie, el género verbal que más se practicaba en el *Gijón* de entonces era la diatriba. Así lo evocan Fernán-Gómez y Haro Tecglen:

H.-Pero es que nunca había películas que gustaran en el Café Gijón. Ni obras de teatro, ni libros. Nunca gustaba nada.

FG.-Es verdad. Es un poquito exagerado lo que dices, pero cerca le anda.

H.-¿Tú oíste alguna vez decir en el Café Gijón “qué bonito libro ha publicado no sé quién”?

FG.-La verdad es que en la tertulia que podríamos llamar literaria, hablaban de cultura y todo esto, pero efectivamente, recuerdo que los libros nuevos que surgían eran, por lo general, muy mal considerados. Conforme iban saliendo los premios Nadal se hablaba mal de todos. De *Nada*, de Carmen Laforet, se decía que estaba íntegramente copiada de una novela francesa. A mí me gustó mucho la novela de Delibes *La sombra del ciprés es alargada*, y luego me he enterado de que a quien no le gusta nada es a él, pero a mí sí me gustó, aunque recuerdo los comentarios del Café de que era una novela espantosa. Y también me acuerdo de un novelista del que se decía que era espléndido, y que ya nadie recuerda, que un día estaba indignado porque había leído a Dostoievski y le había decepcionado porque le parecía un folletista.

H.-La admiración dentro del Café era sólo para los que no es-

¹ Entrevista de Juan Tébar en *Fernando Fernán-Gómez, escritor. Diálogo en tres actos*, Anjana Ediciones, 1984. Citamos por: Diego Galán, *La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 118.

trenaban ni publicaban nada. Eusebio García Luengo, por ejemplo, fue durante años un gran mito. [*La buena memoria*, pp.119-120]

A poner en solfa ese espíritu hipercrítico contribuyó Fernando Fernán-Gómez durante alguna de las primeras deliberaciones del jurado de su premio de novela:

H.-En una ocasión, nos engañaste a todos los del jurado porque estábamos en tu casa de Álvarez de Castro y leíamos los originales en voz alta. Nos reíamos, y entonces nos leíste las tres primeras páginas de una nueva novela, y te dijimos que bastaba, que era horrible. Y nos descubriste que se trataba de *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann.

FG.-No fue así. Es demasiada síntesis. Lo que ocurre es que Manolo Alexandre iba leyendo los originales sin decir el nombre del autor, especialmente porque todos eran desconocidos, y la que todos dijimos que era horrible y que no siguiera leyendo era de Manolo Pilares, que todos considerábamos que escribía muy bien y que hacía unos cuentos preciosos. Entonces fuiste tú el que dijo: “Este sistema que estamos siguiendo no vale”, y yo propuse hacer una comprobación aprovechando que mi biblioteca estaba muy desordenada y que Alexandre eligiera cualquier libro y que nos leyera las primeras páginas. Lo que estábamos haciendo en ese momento no era ni siquiera saber a quién le dábamos el premio, sino sólo si eran admisibles o rechazables para el concurso. Cuando hicimos esto que tú recuerdas, y Manolo nos leyó varios, quedaron rechazados, entre otros Thomas Mann, Wenceslao Fernández Flórez y don Benito Pérez Galdós. Todavía me acuerdo de los títulos, *Tonio Kröger*, *Fantasma* y *Mariana*. [*La buena memoria*, pp. 120-121]

En la larga trayectoria del premio Café Gijón de novela puede establecerse claramente una primera etapa, coincidente

con el mecenazgo de Fernán-Gómez, que duró cinco años —de 1950 a 1954—, durante los cuales la propia dinámica de convocatoria, presentación, reuniones del jurado y fallo, aportó una gran efervescencia a la vida literaria del Café. En esas cinco primeras convocatorias los galardonados resultaron ser asiduos a las tertulias literarias del *Gijón*, aunque es de suponer que entre ellos estuvieran también una buena parte de los que se quedaron sin recompensa. No es difícil adivinar en la descontenta vecindad de estos últimos la razón que llevaría a Fernando Fernán-Gómez a desistir de su papel de mecenas:

...el último año en que lo convocamos [1954], cuando ya se me dijo que el premio traía muchas incomodidades, que mucha gente se enfadaba, y se me convenció de que no lo hiciéramos más. [*La buena memoria...* p. 118]

Del gran ambiente que el premio aportaba en aquellos años al Café hablaba ya en 1955 Marino Gómez Santos, su primer cronista:

Este premio, al que concurren escritores de todos los puntos de España, no ha salido todavía del Café Gijón, sin duda porque a la hora de dar un premio hay que mirarse muy bien de que éste sea adjudicado a una obra decorosa.

Gracias a este premio, el café tiene unos meses de comidilla literaria y, a veces, de ella salen unas bofetadas que por ser también literarias tienen su atractivo.

La noche del premio, el jurado suele reunirse a cenar en una taberna. A los postres, según van saliendo las votaciones, se transmiten por teléfono al “Gijón”, donde están aguardando el resultado grupos de escritores, concursantes que han tomado “Bellergal” y una invasión de público desconocido y curioso. [Gómez Santos, pp. 175-176]

1950: *LA PRIMERA ACTRIZ*, DE EUSEBIO GARCÍA LUENGO

Ochenta y seis fueron los originales que se presentaron a la primera edición del premio Café Gijón para novelas cortas, convocado en 1949 y fallado el 10 de abril de 1950. Llegaron a la final dos obras, resultando ganadora la del extremeño Eusebio García Luengo titulada *La primera actriz*, y finalista la de Emilio Ortiz Ramírez *Por dos cosas*. Componían el jurado de aquella primera convocatoria Melchor Fernández Almagro, Mercedes Fórmica Corsi, José Suárez Carreño, Fernando Fernán-Gómez y José García Nieto.

El ganador no era, desde luego, ningún desconocido para los contertulios del *Gijón*. Asiduo desde las primeras reuniones de la Juventud Creadora, su “Drama breve” se había editado en 1943 en el número fundacional de *Garcilaso*. El mismo año publicaba también “El malogrado” en la revista *El Español*, de Juan Aparicio. La firma de García Luengo era habitual en los periódicos y revistas del momento (*Arriba*, *ABC*, *La Estafeta Literaria*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Haz...*) como su propia presencia en el Café. Esta es la forma en que se le presentaba en la solapa de *La primera actriz*, la novela premiada:

Eusebio García Luengo nació en Puebla de Alcocer (Badajoz), en 1919. Cursó Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Como escritor, con anterioridad a la obtención del Premio Café Gijón, era bien conocido del mundo literario en su doble personalidad de dramaturgo y novelista.

Autor exigente e independiente, ha tenido hasta ahora más estimación que popularidad.

Su obra teatral, llena de calidades humanas, de auténticos conflictos psicológicos, hondamente resueltos, no ha cedido nunca a posibles dictados de modas o de públicos. *El celoso por infiel*, *Entre estas cuatro paredes*, *La escalera*, *No se vuelve*, *Las supervivientes*, *Los hijos*, son los títulos más importantes de esta labor dramática.

Su primera novela, publicada en *El Español* y titulada *El malogrado*, le presentó ya como autor de singulares características narrativas, poseedor de un rico y sobrio lenguaje novelístico. Actualmente tiene en prensa en Valencia, otra novela titulada *No sé*, que confirmará a García Luengo en su puesto de excepción dentro del panorama literario vigente.

La novela premiada, que hoy se ofrece al lector, es una visión, al mismo tiempo dramática y burlesca, del mundo teatral español. En ella, la eficacia narrativa, el seguro dibujo de los personajes, la sabia dosificación de distintos ambientes, están plenamente logrados por el escritor. Eusebio García Luengo tiene, como pocos, un admirable poder de concisión, una rara economía verbal, que le hacen sacar el máximo rendimiento de género tan difícil como es el de la novela corta.

El caso es que, pese a esos buenos augurios, la obra narrativa de García Luengo quedó estancada desde 1950, en que se publicaron *No sé* y *La primera actriz*. Pronto dejó a un lado sus arranques como novelista existencial para especializarse en el campo de la crítica y la creación dramática. En 1962 publicó *Cuaderno de las extremaduras*, un breve volumen con tres relatos viajeros, en la misma línea de su obra mayor, *Extremadura* (1986). Su fidelidad al Café Gijón fue, sin embargo, una cons-

tante. De él hablan siempre con especial afecto los distintos cronistas.

Marino Gómez Santos lo define como conversador infatigable, un “tipo barojiano de los que pasan por la vida dándose plazos largos a sí mismo para realizar lo irrealizable” y dice de él que “pertenece a la juventud literaria de posguerra en el destacado puesto de capitán general, que bien le corresponde por su talento” [Gómez Santos, pp. 102-103]

Al joven Francisco Umbral, que buscaba en el Gijón al escritor en estado puro, le interesó especialmente la figura de García Luengo, “criatura impar entre todas las que he conocido en el mundo literario”:

Eusebio García Luengo tenía el pelo muy negro, veteado de blanco. Un pelo peinado hacia atrás, pero rebelde en los aladares, que se le levantaba por todas partes. Como también tenía las cejas muy crespas y largas, y la barba pinchosa (solía afeitarse con unas tijeras), toda esta capilaridad en rebeldía le daba un tierno aspecto de dulce puercoespín inofensivo, que es lo que era (...)

Esta pureza, esta sequedad, este carácter final y extremado de su caso es lo que yo quisiera considerar. Para mí había sido una obsesión desde muy joven el escritor solo, el sólo escritor, el hombre que no sale jamás del recinto de lo literario (...)

Otra manera de ver esto es la que me ofrecía García Luengo. El hombre que no hacía más que escribir, aun cuando sospecho que la literatura no le daba para vivir. El hombre que, sin gran lucro ni mayor gloria de por medio, vive enfrentado al espejo de lo que escribe y nada más (...)

El escritor se cuenta historias a sí mismo, como un personaje de Beckett. El escritor se razona el mundo a sí mismo, como lo hacía Eusebio García Luengo por los cafés de Madrid, ante una caña de cerveza, escribiendo un artículo durante una semana. ¿Qué sentido

tiene esto? El sinsentido de la literatura —por más que se la haya querido trascendentalizar mediante la política, la cultura, la moral y otros inventos— es un sinsentido radical que no hace sino duplicar el sinsentido de la vida. Esto lo veía yo puro en el escritor puro, y más aún en el escritor puro no demasiado confundido por el éxito, como Eusebio García Luengo. [Umbral, pp. 199-208]

Jesús Pardo, en su *Autorretrato sin retoques* (1996) lo incluye también en el capítulo de “Mis amigos del Gijón, y otros fantasmas”:

A Eusebio García Luengo lo recuerdo siempre quitándose un sombrero que no llevaba.

Alto, esbelto, ligeramente encorvado, distraídamente atento, vagamente observador, afablemente desdeñoso, muy parco en palabras (...)

Su gran capacidad de desprecio se apoyaba en lo honda y calladamente que su mente indagaba cuanto veía. Su pereza se extendía a todo, menos a pensar: amar, escribir, hablar, comer, beber. Una taza de café podía durarle horas: la tapaba con el platillo entre espaciadísimos sorbos y se iba a dar una vuelta dejándola mediada; luego pedía al camarero que se la recalentase. Comía la carne a plazos, y los que le veían eternizarse ante un plato de garbanzos le acusaban de pereza mandibular.

Su paso cotidiano por el Gijón era un contemplativo puntuar el transcurso del tiempo con agudas o taimadas observaciones que a veces apuntaba en un papel, e interminables silencios camuflados de simulacro de atención. [Pardo, 1996, p. 196]

1951 (PRIMER PREMIO):

NI CÉSAR NI NADA, DE CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

La segunda convocatoria del premio Café Gijón la ganó César González-Ruano, que concursó con una novela titulada *Ni César ni nada*. Con carácter extraordinario, ese año se concedió un segundo premio, (con una dotación de 1.000 pts. y la publicación de la obra), a Manuel Pílares por *El andén*. Componían el jurado que falló el premio el 28 de marzo de 1951 Melchor Fernández Almagro, Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo y José García Nieto, que ejercía como secretario.

La concurrencia de González-Ruano, gran figura de la literatura periodística de esa época, al premio debió suponer una verdadera sorpresa para sus convocantes. De hecho la presentación del original tuvo que hacerla Ruano muy a última hora pues la novela está fechada el 7 de marzo de 1951 y el premio se falló el 28 del mismo mes. Que era algo con lo que no contaban se deduce de las palabras de Fernán-Gómez:

César no era cliente del Café Gijón. ¹ Él iba todas las tardes al café de al lado, al Teide, a escribir su artículo, y a veces recibía alguna visita, algún amigo, por ejemplo al jovencísimo Coll, que era muy adicto. Pero al Gijón no iba. Incluso cuando supimos que se había presentado al premio del Café Gijón, y comprendimos que ten-

¹ Parece fallarle a Fernán-Gómez su “buena memoria” cuando dice que Ruano no era cliente en 1951 del Gijón y sí del Teide. Esa circunstancia no se dio en realidad hasta 1955, a raíz del malestar que ocasionó la *Crónica del Café Gijón*.

driamos que dárselo, no era un cliente del Café ni, por supuesto, de nuestra tertulia. [*La buena memoria*, p. 130]

No haber premiado a González-Ruano hubiera resultado una osadía en la que no incurrieron quienes eran admiradores suyos, al menos en su vertiente de escritor, y en algún caso (Cela) buen amigo además. Y es que González-Ruano, que retornó a Madrid tras la guerra civil luego de un exilio dorado (apenas interrumpido por la breve estancia en una cárcel parisina de la Gestapo y de un período crapuloso en Sitges), había regresado envuelto en un halo de leyenda. Aún se recordaba al joven Ruano, que al inicio de los años veinte, se dedicaba a llamar por teléfono a los cafés literarios preguntando por sí mismo, con el fin de popularizar su nombre; el mismo Ruano que escandalizó al Ateneo con aquella provocadora opinión sobre Cervantes. Este es relato que del asunto dejó hecho Marino Gómez Santos en *Espanoles en órbita*:

Entonces, cuando en el Ateneo se está celebrando un ciclo cervantino, pidió la tribuna para hablar de poesía y le dieron fecha, aun sin ser conocido.

—Había que romper el hielo de alguna manera y a mí no se me ocurría otra en aquellos momentos que armar un gran escándalo sin pararse en barras. Fui a casa, me froté el pelo con agua oxigenada y me puse un chaleco amarillo de mujer. Esto lo pensé el día antes y ni siquiera lo sabía Ledesma Miranda, que era quien tenía que presentarme.

Se levanta el conferenciante y, en un tono de irritación desconcertante para el auditorio, dice una serie de impertinencias en lugar del prólogo.

—Hubo una estupefacción general, pero no se movió nadie. Entonces yo dije algo así: “Estoy harto de oír aquí a una serie de

memos hablar del idioma de Cervantes. Ese Cervantes parece que era un manco, cosa que se confirma, porque el *Quijote* está escrito con los pies..”

Naturalmente, fue imposible seguir. Se armó un escándalo de órdago a la grande. Los atenistas abandonaron sus asientos para atizarle al insolente muchacho del chaleco amarillo y el pelo teñido con agua oxigenada.”

Los años anteriores a la guerra, González-Ruano tenía tertulia diaria en el Café de Recoletos. A su vuelta, a finales de 1947, el Recoletos había cerrado ya sus puertas definitivamente y Ruano instaló su escritorio particular en el vecino Café Gijón, donde ejerció matinalmente su magisterio periodístico, escribiendo una asombrosa cantidad de artículos. Esa increíble capacidad de trabajo, junto con el cínico vitalismo del personaje —ajeno a la moral establecida y a cualquier otra— le valió siempre la admiración general, incluida la de don Pío Baroja:

—¡Qué tío este Ruano! Es un cínico verdaderamente tremendo. En algún sitio escribió que cuando era muchacho iba a la imprenta de mi cuñado [Rafael Caro Raggio], sacaba debajo del abrigo todos los ejemplares que podía de un libro mío y los llevaba a las librerías de viejo para que les dieran unas pesetas y poder tomar café en la Granja del Henar. Fue siempre un señorito golfo con mucha gracia y con talento. ¡Hay que ver lo que ha trabajado ese hombre! ¡Qué fibra tiene! A mí me han dicho que estaba muriéndose y pedía un lápiz para seguir escribiendo artículos en la cama... Yo no podría. Si hubiese tenido que hacer periodismo, hubiese fracasado. [Gómez Santos, *Espanoles en órbita*, pp. 218-219]

La asistencia al café era para González-Ruano una necesidad absoluta, y no sólo por ser verdaderamente cafeinómano

(consumía cafés con leche continuamente, uno tras otro). Véase, si no, este comentario que hace en sus *Memorias* a la muerte de su padre:

Mis reacciones ante la muerte de mi padre fueron extrañas (...) Le amortajó mi madre, ayudada por mi amigo Julio Fuertes. A la mañana siguiente me contrarió no poder ir al café y tener que estar recibiendo insufribles visitas de viejos amigos de la casa.

El primero de julio de 1950, en una casa alquilada a tal efecto en Torrelodones, inicia César González-Ruano la escritura de sus *Memorias*. *Mi medio siglo se confiesa a medias*, que finalizaría la nochevieja del mismo año, seis meses y más de seiscientas páginas después.

Con cuarenta y siete años, una salud delicada y una economía disparatada, se veía González-Ruano atado a múltiples compromisos que le obligaban a escribir muchas veces hasta tres y cuatro artículos diarios (se calcula que escribió más de treinta mil a lo largo de su vida).

De vuelta a Madrid, el 15 de octubre, consigna un parón de quince días sin escribir en sus *Memorias*.

“A pesar de mi deseo de vivir lo más retirado posible y de rechazar de plano todo eso que forma la llamada vida de sociedad, hay tentaciones gratas que no resulta fácil evitar. En un sólo día, hoy mismo, domingo 15, he ido por la mañana al Café de Gijón y no me dejaron. Se presentaron con varios de los habituales —Camilo José Cela, Víctor Ruiz Iriarte, Pepe Pizarro, Joaquín Calvo Sotelo— otros con los que no se contaba”

El argumento de *Ni César ni nada*, nos lo resumía de este modo Marino Gómez Santos en su *Crónica del Café Gijón*:

Entonces había leído *Ni César ni nada*, su novela galardonada con el Premio "Café Gijón". De esta lectura conservaba muy buen recuerdo. Está escrita en primera persona y el argumento consiste en que el escritor se queda en casa, encerrado unos días por voluntad propia, entreteniéndose en lo que de vez en cuando le gusta, que es limpiar personalmente las vitrinas de su biblioteca donde guarda antigüedades, figuritas exóticas, budas, pequeñas porcelanas y algunos objetos de más valor sentimental que efectivo. [Gómez Santos, p. 86]

1951 (SEGUNDO PREMIO): *EL ANDÉN*, DE MANUEL PILARES

Si González-Ruano era el gran estandarte de la literatura periodística del momento y figura central del Café Gijón, Manuel Pilares pertenecía al círculo más próximo a los convocantes del premio, lo que sin duda influyó en la institución extraordinaria de un segundo premio, con el que fue galardonada su novela corta *El andén*.

Manuel Fernández Martínez (Vega del Ciego, Asturias, 1921-Madrid, 1992), conocido literariamente como Manuel Pilares (según parece porque varias de sus primeras novias coincidieron en llamarse Pilar) fue, por su calidad humana y por su talante, una de las personalidades de referencia ineludible del Café Gijón durante varias décadas. Pocos nombres simbolizan tan bien el espíritu del café y concitan tanto afecto y tan cordial simpatía como el suyo a los distintos cronistas del Gijón.

En una mesa junto a un ventanal estaba Manuel Pilares, el escritor asturiano, puesto de boina y corbata, escribiendo un folio de sus eternas memorias. Manolín tenía los ojos claros, la cara de pájaro simpático, el perfil muy asturiano, y fumaba en pipa olorosa y grata. Era como un minero de domingo escribiendo una carta a la familia o como un ferroviario de paso en la fonda de la estación y con la baja. [Umbral, pp. 27-28]

Extraordinario personaje que, luego de estudiar el bachillerato, magisterio y astrología, viajó por toda Europa y desempeñó los más variados oficios, entre ellos los de minero y

ferroviario. Se inició en la literatura como poeta (*Poemas mineros, Primer libro de antisueños, Segundo libro de antisueños...*), cultivando también con frecuencia los relatos breves, que reuniría en 1989 en el volumen *Cuentos* (cuya dedicatoria está destinada precisamente a su gran amigo Fernando Fernán-Gómez, del que fue asiduo colaborador en el guión cinematográfico).

El andén, la novela premiada con el Gijón, fue inmediatamente adaptada para el cine y estrenada en 1952 bajo la dirección de Eduardo Manzanos, el creador de Unión Films, la productora que aglutinó a contertulios del Gijón de las más diversas disciplinas artísticas (Fernán-Gómez, Regino Sainz de la Maza, José García Nieto, Tono, el propio Manuel Pilares...):

La productora Unión Films, constituida por Eduardo Manzanos en torno al Café Gijón, debe decirse que suponía, ni más ni menos, una alianza efectiva de escritores y artistas; de intelectuales, en una palabra, de diversas tendencias políticas, unidos con el único objetivo de luchar, desde sus posiciones respectivas, contra la dureza de los elementos de entonces.

Había que alcanzar, en definitiva, una mayor libertad de expresión dentro de la cinematografía española.¹

Para escribir *El andén* se inspiró Manuel Pilares en su propia experiencia profesional como ferroviario. Él mismo ilustró la bella edición de 1951 (primera y única) de la novela premiada, de la que extraemos el sugestivo texto que servía de presentación del autor y de su obra:

¹ Citamos por: Juan Bonifacio Lorenzo Benavente, *El Café Gijón y el cine*. Ciclo : Junio 1999, Oviedo, Filmoteca de Asturias, 1999.

Manuel Pilares nació en Asturias y anda ahora por los 30 años. Cuando se le pregunta por su vida, suele contestar: “Soy muy charlatán, contradictorio y fanfarrón, y por eso tuve varios oficios. Mi espíritu es aventurero, sin pizca de chapeta, y allá muy en el fondo, puede decirse que soy lo que los asturianos llamamos un *probin*”.

Con esa cédula pintoresca, se aparece ante nosotros uno de los valores jóvenes de mayor autenticidad e interés en las Letras españolas de hoy. Poeta de personalidad definidísima, ha sabido sacarle a sus experiencias mineras, notas de una fuerte, cautivadora y jugosa lírica, llena de humanidad y de ternura. *Poemas mineros* y *Sociedad Limitada* son los dos títulos publicados que nos han traído la frescura de sus versos.

En el campo de la novela camina con la misma jovial y desenfadada andadura. *El alemán de los mapas*, *En casa de Charín venden harina* y *Nunca hubo tiempos mejores* forman una cautivadora trilogía de novelas cortas, donde la gracia narrativa, el valor absoluto de lo vivido y sus extraordinarios ángulos de observación, pueden situarle ya en la maestría del género. Trabaja actualmente en una novela larga, *Maíz*, y en otra trilogía sobre nuestra Guerra.

El andén, la novela que hoy presentamos al lector y que ha merecido la creación de un premio especial en el concurso “Café Gijón”, es entre la obra de Manuel Pilares, como un perfecto símbolo de su manera de hacer. Humor y amor para las cosas. Sencillez entre los seres y dimensión extraordinaria e imprevista de las más elementales pasiones. En *El andén* se acotan un trozo de tierra española, un “tiempo” de vida española, encajados en la brevedad del relato con una milagrosa eficacia.

Especialmente afectuoso es también el recordatorio que de Pilares hace, después ya de su muerte, Eduardo Haro Tecglen:

La última vez que lo vi llevaba en su boina —que era de fidelidad asturiana—, fidelidad a su primer trabajo de ferroviario, a su proximidad a las minas— una enorme insignia de algo soviético, no sé si del Dinamo o algo así; y llevaba en la cartera fotos de su viaje más reciente a Rusia y las enseñaba: no ya los bulbos de una iglesia ortodoxa convertida en museo del ateísmo —no hubo cruz, en su esquela: pudo haber una hoz y un martillo, una estrella de cinco puntas, como las que se ponía en la boina, en la solapa—, sino la de un guardia que le puso una multa en Moscú (conservaba el recibo), o la de unos niños que pasaban por no sé dónde, quizá Samarcanda. Debió de creer siempre en el paraíso de los trabajadores. Ni siquiera puede transmigrar a él: pero nunca lo sabrá. Fiel a su humildad, tan rara en un escritor, su oficio era el de guionista de cine, que es la manera de escribir que más se sacrifica al anonimato, que menos pretende la vanidad, aunque su colaborador y director habitual, Fernando Fernán-Gómez —la amistad, también, conservada en el fondo del viejo pozo— pusiera su nombre en buenos caracteres del genérico, y junto al suyo. Su amor literario: el poema y el cuento. Fugaz, brevísimo a veces. Breve fue su primera novela, *El andén*, nacida de su oficio ferroviario; y los relatos o *Historias de la cuenca minera*. Su último libro de poemas se publicó un par de años antes de su muerte: el Tercer libro de anti-sueños. Un nombre claro: de antipoeta. Hubiera podido tener orgullo y vanidad: el cuento se sabe, es un género difícil, quizá más difícil que la novela si se hace bien, y él los hizo con valentía y fuerza: con bondad, con esa sencillez de la palabra que era la de los seres humanos a los que amaba. Eran ellos los humildes, y no su trabajo, medido objetivamente dentro de una calidad literaria. Y eran alegres y joviales.

“Ninguno de nosotros vivirá mañana. Eso de que los muertos están en el pasado, en el ayer, es una solemne tontería. Los muertos están en el mañana. Y en el mañana los encontraremos.” Copio

estas palabras de un cuento de Manolo Pilares, para que sean sus palabras las que construyan, aquí, su epitafio. Son una síntesis de su optimismo histórico, de su creencia en un mañana de todos, incluso de los que murieron por ese mañana. Hay que sacar optimismo de algún sitio para dejarlo, como una flor roja, en su cadáver: en su recuerdo.¹

Para hacerse una idea de su concepto de la literatura, en la que primaba el valor de la sencillez, la sobriedad, la naturalidad, ajena a cualquier clase de impostación o de pedantería, basta con leer las líneas que abrían *El andén*:

En cierta ocasión me dijo un imbécil:

—En el fondo, tú eres un humorista.

Yo repuse:

—Nadie es humorista en el fondo.

El imbécil me desafió:

—Intenta escribir algo serio.

Yo contesté:

—No escribo para imbéciles.

...Y en unos folios de papel de barba, con letra clara...

¹ Eduardo Haro Tecglen, *El refugio. Situaciones: momentos de una vida*, Madrid, El País Aguilar, 1999, pp 197-198.

1952: *FIESTA AL NOROESTE*, DE ANA MARÍA MATUTE

La primera mujer en ganar el Café Gijón fue Ana María Matute (Barcelona, 1926), quien comenzaba entonces de forma muy prometedora su carrera literaria, que el tiempo confirmaría como una de las más sólidas de la narrativa española de la segunda mitad del siglo XX. Andando el tiempo, ha obtenido Ana María Matute, además del Café Gijón, los más importantes premios literarios del país (Planeta, Premio Nacional de Literatura y Premio de la Crítica, entre otros), siendo en la actualidad la única mujer miembro de la Academia Española de la Lengua.

La novela galardonada con el Gijón de 1952, *Fiesta al Noroeste*, es sin lugar a dudas, en toda la trayectoria del premio, la de mayor éxito editorial. Reeditada en numerosas ocasiones, ha sido traducida también a gran cantidad de lenguas y es uno de los títulos fundamenteales de la bibliografía de Ana María Matute desde que fuera editada por primera vez (Madrid, Afrodisio Aguado, 1953) completando volumen con otros dos relatos suyos (“La ronda” y “Los niños buenos”).

Por su inestimable valor testimonial acerca de cómo recibió la noticia la propia autora, y de otros interesantes aspectos relativos al premio (composición del jurado incluida), reproducimos a continuación íntegramente una entrevista concedida por Ana María Matute a la revista *Destino* (nº 766, 12 abril 1952, p.21) con motivo de serle concedido el premio de novela Café Gijón:

Un premio literario para Ana María Matute, el Café Gijón de novela. Algunos periódicos han dado la noticia, acompañada de otra no menos sensacional: la de que la novelista se había enterado de ello encontrándose en Toledo, en la Casa del Greco, y acompañada de su esposo, el poeta Ramón Eugenio de Goicoechea, con el que había contraído matrimonio unos días antes.

Resulta que lo primero es auténtico, pero lo segundo pura invención. *Fiesta al Noroeste* ha obtenido realmente el premio de novela Café Gijón, pero Ana María se enteró de la noticia en su casa, el amanecer del lunes 31 de marzo. Ella misma nos lo explica:

—Exactamente fue mi madre quien, muy de madrugada, me entregó un telegrama redactado en estos términos: “Concedido Premio Gijón. — Enhorabuena.— Abrazos. — García Nieto.” La sorpresa y la alegría fueron dobles, porque yo creía que el fallo había tenido lugar una semana antes.

—Pero... ¿y los periódicos?

—No los leo casi. Y supuse que el premio ya había sido adjudicado a quien fuese el día 21.

El origen de la noticia —muy novelesca, por cierto— situando a la ganadora en Toledo y en plena luna de miel, ni Ana María ni Goicoechea aciertan a explicarse cuál puede ser.

—Naturalmente, no nos casaremos sin antes participárselo a familiares y amigos —afirma Ramón Eugenio— que, sin barba, diríase ha renunciado, por lo menos momentáneamente a un tremendismo que parecía consustancial con el desprecio de las fórmulas sociales.

—Lo curioso —añade Ana María— es que nos hayan situado en Toledo, porque aun cuando no existía proyecto alguno en tal sentido, es cierto que la ciudad del Greco ejerce sobre ambos una especie de fascinación. Yo, ya de pequeña, soñaba con Toledo y

sigio fiel al encanto de esa ciudad, que no conozco, pero que presiento...

La novela ganadora del Premio se titula *Fiesta al Noroeste* y al preguntarle a su autora que nos informe sobre el tema y características de la obra, nos dice:

—Es una novela corta y la acción transcurre en un cementerio. No sabría qué más decirle. ¡Resulta tan difícil hablar sobre lo que una ha escrito!

—¿Es la última novela?

—No. Estoy trabajando en otra.

—¿Extensa?

—Extensa, sí.

—¿Ya tiene título?

—Sí: *El cazador* Y aparte de ella he terminado unas narraciones infantiles breves, un libro de tono poemático, que he bautizado *Historias de niños tontos*, que aparecerá muy pronto en las librerías, aunque en edición limitada.

—Con ilustraciones del propio autor —añade Goicoechea.

Pero volvamos a la obra premiada últimamente. Éste ha sido el tercer Premio Café Gijón, instituido como se sabe, por el actor Fernando Fernán-Gómez en gesto que por ahora —¡ay!— no tiene imitadores. La recompensa había correspondido en años anteriores a los escritores Eusebio García Luengo y González-Ruano. Ellos dos, junto con Manuel Pilares, Ortiz Ramírez, el poeta García Nieto, secretario, y Eduardo Haro Tecglen, crítico literario de Informaciones constituían el jurado que ha distinguido a Ana María Matute con la recompensa. La obra será publicada muy pronto y simultáneamente, o tal vez con anterioridad, aparecerá en folletón en las páginas del periódico madrileño *El Alcázar*, que ya publicó las dos novelas vencedoras los años precedentes.

Estos son los datos y Ana María Matute se resiste a añadir nada más. Se resiste no por coquetería ni por temor —creemos— de ser

mal interpretada, sino por esa inevitable actitud pudorosa de todo autor respecto de su obra cuando ya la abandonó a los azares del juicio público. Silenciosa, tímida y lejana, un apenas perceptible mohín desdeñoso dibujando sus labios, reclama en una mirada de angustia el apoyo de Ramón Eugenio, que acude presuroso con su proverbial vehemencia dialéctica a glosar esa *Fiesta al Noroeste* con fervor doblemente justificado. Ana María asiente, subraya con un leve entornar de ojos, sigue atenta sus palabras, nos mira de cuando en cuando con sobresaltada y fugaz mirada inquisitiva.

La autora de *Los Abel* —una de las novelas más impresionantes, intensas y reveladoras de cuantas se han publicado en los últimos diez años— ha escrito, a petición, una autocrítica de la obra ahora premiada, de la que entresacamos un par de frases. La acción de la novela transcurre en escenario castellano puro, en el corazón de la meseta. “Esa Castilla es, aun hoy, el acervo de un tiempo, de un clima mental, de un modo de ser, donde las pasiones cualesquiera se dan en estado primigenio, como el primer día”. La frase sugiere un ambiente, un “clima” como dice la autora, bastante concreto y sobre el cual únicamente podían perfilarse caracteres con tan dramático claroscuro como los dos hermanos cuyas figuras centran la acción: Juan, “una pobre máscara”, y Pablo, que “representa el mito de la perfección y de la libertad”.

Pero, decididamente, las citas resultan siempre peligrosas, porque no se trata, como tal vez pudiera deducirse de lo transcrito, de una obra de tesis. La propia autora sale al paso de lo que considera pudieran ser temores del presunto lector, con la última frase de su autocrítica (y perdónesenos la reincidencia).

“No se crea, por nada de lo que he escrito, que *Fiesta al Noroeste* es una obra de tesis, o, siquiera, de principios. Su sustancial propósito es simplemente creacional. Sin que desconozca que en toda creación auténtica va siempre implícito un contenido ideológico, un mensaje, de esto o de aquello, dicho entre líneas. El de

mi novela, si alguien se empeña en verlo, no es otro que el mensaje de alguien que cree en la vida y que cree que la vida debe vivirse con espontaneidad, sin encerrarla en prejuicios que la endurezcan, quitándole la alegría de la sencillez; aun de la misma, y última, sencillez de morir.”

Tenemos la seguridad de que el Premio Café Gijón ha sido concedido con acierto total. Y esperamos, con la más viva curiosidad la publicación de la obra premiada, espaldarazo oficial a una labor novelística de valor excepcional. [M.F.]

En otra entrevista concedida casi cincuenta años después (agosto de 1993) explicaba Ana María Matute cómo había escrito *Fiesta al Noroeste*:

Disfruté mucho escribiéndola, la escribí en una semana. Tenía 23 años y me encerré en mi habitación sin salir para nada. Mi madre me hacía traer la comida para que pudiera trabajar sin interrupciones. Esto es muy curioso; mi madre, que fue siempre muy severa conmigo, como ya he contado, sin embargo respetaba mucho mi vocación literaria.¹

¹ Alicia Redondo Goicoechea, “Entrevista a Ana María Matute”. en *Compás de Letras*, nº 4, Marid, Junio 1994, p. 17.

1953: *LAS HORAS DEL DÍA*, DE FERNANDO G. DE CASTRO

Fernando Guillermo de Castro (Madrid, 1927) ganó el premio Café Gijón en 1953 con la novela *Las horas del día*.

Fernando de Castro es el clásico ejemplo del escritor joven que tiene ante sí una prometedora carrera pero que, posteriormente, abandona por completo la literatura para dedicarse a otros menesteres profesionales (en su caso los negocios). Autor del ensayo *Baroja, historiador romántico*, su nombre aparece a menudo en los recuentos que los cronistas hacen de los contertulios del Gijón, llegando a protagonizar incluso un par de sicalípticas anécdotas en el *Autorretrato sin retoques*, de Jesús Pardo, pero su carrera estrictamente literaria fue muy breve.

Respecto a los pormenores del fallo del premio de 1953 nos habla Mariano Tudela, uno de los cronistas del Gijón y contertulio del café durante décadas:

El café estaba de bote en bote aquella noche, siempre estaba de bote en bote cuando había acontecimiento anual, fuese dentro del Gijón o fuera y muy distante. Había nerviosismo, miradas anhelantes de jóvenes, en su mayoría, que no podían disimular que se habían presentado al premio. El jurado estaba reunido en una taberna vecina y no logro recordar más nombres, de participantes en él, que el de César González-Ruano. Poco a poco se iban dando noticias, que se recibían por teléfono, sobre las distintas votaciones que iban haciendo caer, uno a uno, nombres de personas, conocidas o no, que soñaban con la pequeña gloria del premio. Por entre las mesas circulaba Ortiz Ramírez, del que se decía que con-

[72]

taba con grandes posibilidades de llevarse el “Gijón”, recibiendo ánimos y “enhorabuenas” anticipadas. Al final, cuando se dio a conocer el resultado final, estalló una salva de aplausos y todas las miradas se concentraron en el sitio donde estaba sentado Fernando Guillermo de Castro, que resultó vencedor, relegando a Ortiz Ramírez al puesto de finalista.

Fernando Guillermo de Castro, muy joven, tenía bigotito y lentes, pero no, todavía, el rostro curtido, porque aún no había iniciado su posterior idilio con el sol ibicenco. (...) Llegó el jurado para hacer el brindis de ritual y las opiniones se dividieron, asegurando algunos que el “Gijón” era un premio demasiado casero, porque en cuatro años de vida se lo habían llevado otros tantos contertulios del café. (Esta acusación se repitió al año siguiente, cuando obtuvo el premio Carriña Martín Gaité, con *El Balneario*, aunque como le quedaba larga vida al “Gijón” no faltaría el momento de poder acallar voces de protesta.) [Tudela, pp. 76-77]

Además del Café Gijón, Fernando de Castro obtuvo en 1958 el premio Sésamo por *El zapato*. Los premios de Las Cuevas de Sésamo comenzaron a concederse poco después que los del Café Gijón, en 1955, primero con carácter trimestral en la versión de cuento y luego con periodicidad semestral y también en la modalidad de novela corta. Tanto el local que los concedía como el propio galardón permanecen unidos en nuestra memoria colectiva a la asimilación social y literaria del existencialismo en España.

No tenemos noticia de que *Las horas del día*, la novela premiada en 1953 con el Café Gijón, haya sido nunca publicada en libro. Sí lo fue, y por dos veces, *El zapato*. Primero en un volumen sin fecha de 96 páginas, con portada de Coll, y, posteriormente en el mismo libro que otra narración breve (*Madrid, 1936*) bajo el título unitario de *Dos novelas de amor* (1958).

[73]

1954: *EL BALNEARIO*, DE CARMEN MARTÍN GAITE

El premio de 1954, concedido a una joven escritora salmantina asidua a las tertulias del Gijón, es de los que contribuyen a realzar la trayectoria de cualquier concurso literario. Cuando a Carmen Martín Gaité (1925-2000) se le dio en 1954 el Premio Café Gijón por *El balneario* era casi una desconocida. Casada por entonces con Rafael Sánchez Ferlosio, hacía poco tiempo que vivía en Madrid, donde pronto empezó a colaborar en las revistas del momento. Hasta recibir el premio sólo había publicado un cuento (“Un día de libertad”), pero en adelante, su trayectoria literaria ha merecido, con toda justicia, el más amplio reconocimiento.

Carmen Martín Gaité tomaba parte por aquellos años, junto con una serie de escritores sociales, agrupados en torno a *Revista Española* (Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Alfonso Sastre, Josefina Rodríguez, José María Quinto,...) en una tertulia diferenciada dentro del Café Gijón:

Siempre un poco distantes y particulares en todo, en preferencias y aversiones, nacía entonces un grupo menos discursivo y más dialéctico, más combativo y menos sociable a pesar de su programa de extremosa sociología. Era un grupo realista, pero también utópico. Allí nos reuníamos Alfonso Sastre, Luis Delgado Benavente, Aldecoa, Ferlosio, Fernández Santos, José María Quinto... A veces, a la hora del aperitivo, indefectiblemente a la del café. La novedad de este grupo consistió también en que, en la mayoría de los casos, iba incorporando, conforme nos casábamos, a las mujeres,

[74]

no sólo a la literatura, sino a la tertulia. Es el caso de Carmina Martín Gaité —quien recibió por entonces el premio “Café Gijón”, que sería el primero de su carrera— y también Josefina Rodríguez... Si no eran escritoras netas, eran y son mujeres con inquietudes algo más que literarias, intelectuales sin pedantería, aunque con magisterio, artistas de vocación y algunas de oficio. Este grupo se caracterizaba por su actitud exigente y crítica, por su desdén al conformismo, aunque con el tiempo ya se han bifurcado en muchos matices y entienden de distinto modo el *bene essere*. Sastre, con su bondadosa sonrisa, alguna vez airado; Ferlosio, escéptico, socarrón y al mismo tiempo, crédulo, infantil, caprichoso; Aldecoa, violento y cansino, templado y malhumorado; Jesús Fernández Santos, incisivo, pausado, razonador. Sánchez Ferlosio llegaba siempre con alguna bella manía entre manos o entre ceja y ceja (hasta que un día le largó un mandoble al hijo de don José en el mostrador y se fue para nunca más volver). También Delgado Benavente con su pipa, no sabemos si encendida o apagada, pero siempre cavilando, flemático, aburrido, soñador... Y también José María de Quinto con su mímica, su sarcasmo y sus risotadas... Y Pilares, con ingenio al minuto, destripador de terrones convencionales, pacífico a fuerza de escatológicas iras...¹

Novelista, cuentista, ensayista, dramaturga, poeta, Carmen Martín Gaité ha dejado para la historia de nuestra literatura algunos títulos mayores. Narración: *Entre visillos* (1958. Premio Nadal en 1957), *Las ataduras* (1960), *Ritmo lento* (1963. Finalista del Biblioteca Breve en 1962), *Retahílas* (1973), *Fragmentos de interior* (1976), *El cuarto de atrás* (1976), *El pastel del diablo* (1985). Ensayo: *El proceso de Macanaz* (1970), *Usos*

¹ José Luis Castillo-Puche, “El *Café de Gijón*. Un archipiélago literario en el que cada tertulia es una isla”, en *Blanco y Negro*, Madrid, 26 enero 1963.

[75]

amorosos del XVIII en España (1973), *El cuento de nunca acabar* (1983) *Desde la ventana* (1987). Poesía: *A rachas* (1977). Se le concedió el Nacional de Literatura en 1978 por *El cuarto de atrás*, el Príncipe de Asturias de las Letras en 1988 y el Nacional de las Letras, por el conjunto de su obra en 1994. Murió en Madrid el 23 de julio del año 2000.

El balneario se publicó por primera vez en libro en 1955 por Afrodiseo Aguado, en un volumen que incluía además los relatos “Los informes”, “Un día de libertad” y “La chica de abajo”. De ese modo ha sido reeditado posteriormente en repetidas ocasiones (Alianza, Destino, Bruguera...).

Ya en aquellos momentos iniciales de su carrera literaria, y a pesar de que estaba por entonces casada con el autor de *El Jarama*, Carmen Martín Gaité mostraba una fuerte personalidad, que marcaba distancias con el objetivismo imperante entre los autores más próximos a ella, los del llamado realismo social.

Martín Gaité nos parece perteneciente a la gran categoría de los novelistas monotemáticos. *Entre visillos* profundiza en una preocupación ya manifiesta en *El balneario*. Los protagonistas de sus relatos son presentados por el narrador en un momento de crisis provocada por acontecimientos de imprevisibilidad e insignificancia más o menos grande. Pero suficientes para provocar esa crisis existencial que suscita el planteamiento de cuestiones como el sentido de la vida, o de sus vidas en particular. La insignificancia de los factores de la crisis, considerados existencialmente, tienen todos no obstante, una dimensión social que nos permite establecer la inevitable relación con los demás escritores de su grupo y de su generación. El intimismo de sus relatos es el resultado del punto de vista que el narrador se ha dado para la observación y la rela-

ción de los efectos ejercidos por la sociedad en sus personajes, incluso cuando los escoge entre los que se niegan a dejarse arrastar por la corriente y los imperativos de la sociedad. La anécdota es básicamente el punto de partida para esa implacable y minuciosa observación de las reacciones individuales”¹

¹ Ignacio Soldevilla Durante, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980, p. 240.

1957: *BODAS DE PLATA*, BEGOÑA GARCÍA-DIEGO

La etapa fundacional del premio Café Gijón, que contó con el mecenazgo de Fernando Fernán-Gómez, se cerró en 1955, a causa, según él mismo manifestaba, de las incomodidades que ocasionaba. Sin embargo, el premio volvió a renacer y en 1957 lo obtenía una autora prácticamente desconocida (entonces y ahora), llamada Begoña García-Diego, por su novela *Bodas de plata*.

La novela galardonada se publicó en Madrid en 1958 (aunque en el colofón se informa de que fue impresa en Valencia el 4 de enero de ese año), en una edición de bella tipografía, ilustrada con aguafuertes de Villa-Señor. Ninguna nota editorial informa sobre la identidad de la autora del libro. En la portada, destacada bajo al título, figuraba la inscripción “Premio Café Gijón 1957”.

Bodas de plata recuerda mucho, por su argumento y por el tratamiento de tema y personajes, a las novelas galantes que se editaban en colecciones populares a principios de siglo. Ambientes selectos, maneras refinadas, personajes sin profundidad psicológica, dicción atemperada... todo al servicio de una historia sin complejidades.

La protagonista, María Luisa Roldán es una joven llena de vitalidad que contrae matrimonio con un hombre de mayor edad y más alta posición social. Pero cuando su vida va sobre ruedas, todo se tuerce, dando a luz a una hija muerta y muriendo ella a resultas de una grave enfermedad. Su marido, destrozado, vela

su cadáver, buscando algo a lo que aferrarse para seguir viviendo. La visión de lo que pudieran haber sido las “bodas de plata” de la pareja devuelve la calma a su afligido corazón.

1959: *LA RIADA*, DE JOSÉ CAROL

Ganó el premio Café Gijón de novela corta de 1959 *La isla*, del catalán José Carol Archs (Martorell, Barcelona, 1929). Autor precoz (a los dieciséis años ya había escrito su primera novela), realizó estudios de Derecho en Barcelona y con posterioridad a la obtención del Gijón ha publicado una estimable obra literaria en los campos de la novela y el ensayo. En 1981 se le concedió también el premio Ámbito Literario.

Parece que después de 1959 José Carol siguió trabajando en *La isla*, porque cuando apareció publicada en la colección Autores Españoles Contemporáneos de la editorial Planeta (1966) no era ya ni mucho menos una novela corta (tenía 365 páginas). La novela, definida por la crítica como ejemplo de sobriedad, crudeza y patetismo, narra una devastadora inundación y alcanzaría un considerable éxito, llegando a reeditarse al menos en dos ocasiones, en 1970 y 1972 (esta vez en una serie de bolsillo de Bruguera).

Posteriormente, José Carol publicó, entre otros libros, las novelas *Confesiones de un drogado* (1970), *El parador* (1979), *Y los hombres izaron un arco iris* (1979) y *El fuego de la vida* (1981), y los ensayos *Entre la espada y la pared* (1974), *Cada día con Minerva* (1976), *El combatiente de la sangre : Federico Durán-Jordá* (1978) y *33 viajes alrededor del Yo* (1982).

1960: *SÁBADO, ESPERANZA*, DE JORGE FERRER VIDAL

Ganó el premio correspondiente a 1960 la novela corta *Sábado, esperanza*, del abogado catalán Jorge Ferrer-Vidal Turrull, nacido en Barcelona en 1926, quien andando el tiempo desarrollaría una amplia labor literaria que toca los más diversos géneros.

Ensayista, poeta, traductor de especial mérito (Kipling, Sa-royan, Faulkner, Isak Dinesen, Dylan Thomas...), como narrador Jorge Ferrer-Vidal cultiva casi con la misma asiduidad el cuento y la novela. Desde sus inicios se le ha adscrito a una corriente de raíz social cristiana, en la que ha seguido evolucionando: *El trapezio de Dios* (1954), *Caza mayor* (1961), *Historias de mis valles* (1964), *Diario de Albatana* (1967), *El racimo de uvas* (1968), *Te emplazo padre...* (1974), *El pequeño guiñol de Raúl Encinas* (1976).

La novela ganadora del Gijón la publicó en 1972 Plaza & Janés, dando título a un volumen que recogía otros relatos breves, según costumbre de su autor que ha publicado ya varios libros de cuentos: *Sobre la piel del mundo* (1957), *Fe de mi vida* (1958), *Fueron así tus días y los míos* (1978), *Notable en Armonía* (1980), *El hombre de los pájaros* (1982), *Andresín y los topos* (1986), *Cuentos de otras latitudes* (1987).

Además del Café Gijón de 1960, Jorge Ferrer-Vidal ha sido galardonado con los premios Leopoldo Alas (1956), Ciudad de Oviedo (1961), Selecciones Lengua Española y Ateneo de Valladolid (1963).

1961: *EL CANTO DEL UROGALLO*, DE EDUARDO GARRIGUES

En 1961 ganó el Café Gijón un autor jovencísimo, Eduardo Garrigues (Madrid, 1944), por su novela corta titulada, *El canto del Urogallo*.

Eduardo Garrigues López-Chicheri se licenció posteriormente en Derecho e ingresó en la Carrera Diplomática en 1973. Tras desarrollar diversas misiones en Kenia, Los Ángeles o Londres, fue nombrado Embajador de España en Namibia. En paralelo a sus quehaceres profesionales se ha mantenido fiel Eduardo Garrigues a su vocación literaria, publicando cuatro obras narrativas *Cuentos griegos* (1972), *Lecciones de tinieblas* (1972), *Lluvias de hierba* (1984), *Al oeste de Babilonia* (1999).

No tenemos noticia de que *El canto del urogallo* se haya publicado en libro. Tampoco de que lo fuera la novela finalista, titulada *Agotando la esperanza*, del escritor y periodista gallego Alfonso S. Palomares.

Alfonso S. Palomares (Calvos de Randín, Orense, 1936), dirigió las revistas *Ciudadano*, *Posible* y *Leer* y presidió durante 10 años la Agencia EFE. Además de *Agotando la esperanza*, es autor de *Las linotipias del miedo*, novela testimonial con la censura tardofranquista en el punto de mira, y *Una larga sed*, así como los libros de ensayo: *Albert Camus, África, la hora de las violencias* y *El socialismo y la polémica marxista*.

1962: *CÁMARA OSCURA*, DE JOSÉ MEDINA GÓMEZ

El ganador del Café Gijón de novela corta en la convocatoria de 1962 fue José Medina Gómez, con la obra titulada *Cámara oscura*.

Muy pocas son las noticias que hemos logrado obtener sobre este autor. No tenemos constancia de que *Cámara oscura* haya sido publicada en libro y de José Medina Gómez sólo hemos accedido a dos referencias bibliográficas de sendas novelas suyas: *Te llamarás silencio en adelante: (El manuscrito de Lupiana)* (Diputación de Guadalajara, 1989) y *La sinfonía del adiós* (Fundamentos, 1990).

1963: *LA RAYA*, DE GONZALO TORRENTE MALVIDO

Cuando Gonzalo Torrente Malvido gana en 1963 el Café Gijón con *La raya*, emerge el autor ferrolano (1935) como una de las grandes promesas de la narrativa española de aquel momento.

En 1960 había sido finalista del Nadal por *Hombres varados* (1962); en el mismo 1963, además de *La raya*, publicó la que seguramente es su mejor novela, *La balada de Juan Campos*, meritoria incursión en el ambiente carcelario que cuenta la historia de un joven encerrado injustamente. En 1968 ganó el

premio Sésamo con *Tiempo provisional* (1969), un análisis de los enfrentamientos intergeneracionales dentro de la familia.

En *La raya* (Aula, 1963) relata el paso clandestino de un joven de Portugal a España, motivado por causas inciertas y nunca explicitadas.

Resultó finalista en la convocatoria de 1963, la autora catalana Carmen Kurtz (1911), por *En la oscuridad*. La obra narrativa de esta autora, especialista además en literatura para niños, se suele adscribir al realismo social, y le valió numerosos premios, entre ellos el Planeta de 1956 por *El desconocido*.

1964: *PEQUEÑOS MONSTRUOS*, DE MANUEL DOLZ

La referencia del nombre del autor y del título de la novela premiada en 1964: Manuel Dolz y *Pequeños monstruos*, es la única información que hemos logrado reunir sobre esta convocatoria. Los datos proceden del anuario correspondiente a ese año en la *Enciclopedia Universal Espasa*. No tenemos noticia de que la obra fuese publicada en libro ni tampoco de que su autor continuara escribiendo.

1965: *LA ISLA*, DE JOAQUÍN MERINO

Tras ser finalista el año anterior, obtuvo el Premio Café Gijón en la convocatoria de 1965 el activo comunicador Joaquín Merino, por su novela *La isla*.

Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto, periodista, narrador, ensayista especializado en temas de divulgación, traductor, Joaquín Merino obtuvo una notable popularidad por su participación como charlista en programas de radio y televisión, donde contaba con espacios propios dedicados a los viajes y la gastronomía.

Dentro de su abundante literatura viajera se manifiesta una predilección por Galicia y por la *city*: *Londres para turistas pobres*, *Londres para turistas ricos*, *Yo, Londres*, *Perla de Arousa*.... Entre su labor como traductor destaca el *Epistolario* de Sigmund Freud y en la narrativa *Londres, ciudad centrífuga*, *La cueva*, *Manuela*, *Una chica con complejo* o *El Hombre invisible*.

La isla, novela con la que Merino obtuvo el Gijón en 1965, fue publicada primero por la revista *Garbo* y luego, en 1966, por el propio autor, quien se lamentaba de no haber logrado interesar a ningún editor.

La novela, protagonizada por un joven rico con cierta náusea por la vida vacía que le rodea y ambientada en la España *ye-ye* de los sesenta, con guateques y apartamentos en Benidorm incluidos, nos conduce en su final a la búsqueda de sentimientos más profundos y de espacios más puros.

1966: *ISMAEL*, DE ENRIQUE OJEMBARRENA

El ganador de la edición de 1966 con la obra titulada *Ismael*, fue el escritor Enrique Ojembarrena Goiricelaya, quien en la actualidad es profesor de Literatura Contemporánea de la

Universidad del País Vasco. En 1990 organizó un polémico Simposio Homenaje a Ernst Jünger.

Como escritor, Enrique Ojembarrena es autor de la novela histórico-biográfica *Guerrita* (1994), sobre el torero Rafael Guerra, y del libro de poemas *Traje de luces* (2000), de marcado carácter autobiográfico y con abundantes referencias al sufismo (Ojembarrena es musulmán).

Hasta donde tenemos noticia, la novela *Ismael*, con la que ganó el Café Gijón de 1966 no ha sido publicada en libro.

1967: *MODORRA*, DE RAFAEL AZUAR

El escritor ilicitano Rafael Azuar Carmen (1921) fue el ganador de la convocatoria de 1967 del Café Gijón de novela corta por su obra *Modorra*.

Rafael Azuar realizó estudios de Magisterio en Alicante y Valencia. Escritor de variados registros (poeta, narrador, ensayista...), además del Gijón ha obtenido el Gabriel Miró, también para novela breve. *Los zarzales* (1959), su primera narración extensa, ya había llegado a aparecer entre las ocho finalistas del Planeta de 1958.

Entre su abundante bibliografía merecen destacarse además la novela *Llanuras del Júcar* (1965); dos entregas de su diario: *Diario frente al mar* (1985) y *Diario incompleto : Narrativa y Vida* (1972); los ensayos *El diálogo y los personajes en la novela* (1970) y *Teoría del personaje literario y otros estudios sobre la novela* (1987); y las colectáneas: *Las raíces y otros*

cuentos (1971), *Crónicas del tiempo de la Monda* (1979), *Primera antología* (1982) y *Viñetas* (1989).

Modorra, la novela premiada con el Café Gijón de 1967 fue publicada en 1970 por el Instituto de Estudios Alicantinos y reeditada en 1990 por la editorial alicantina Aguaclara. En ella da muestra Rafael Azuar de su depurada técnica novelística logrando una perfecta conjunción entre los personajes, el paisaje y el clima levantinos que, en cierto modo, también son protagonistas del relato.

1968: *EN UN CAMINO CUALQUIERA A LA DERECHA*,
DE JUAN MARÍA MANSERA

Sólo conocemos de esta convocatoria los nombres del autor y de la obra que resultó premiada: Juan María Mansera y *En un camino cualquiera a la derecha*. También en este caso la solitaria información procede del correspondiente anuario de la *Enciclopedia Universal Espasa*. No hay constancia de que la novela se haya publicado en libro y de su autor nada hemos podido averiguar con certeza. Tenemos noticia de un Juan María Mansera que ha colaborado como guionista en algunos cortos de dibujos animados, sin que podamos asegurar que se trate de la misma persona que obtuvo el Café Gijón de 1968.

1969: *EQUIPAJE DE SOL Y VINO*, DE RAÚL TORRES

El premio Café Gijón de 1969 fue para *Equipaje de sol y vino*, de la que era autor Raúl Torres Herreros (Cuenca, 1932). Residente en Madrid, donde colabora en diversos periódicos y revistas, especialista en los relatos de ciencia ficción, Raúl Torres ha publicado varias obras narrativas: *El tambor de arena* (1965), *El retroceso* (1970), *Planta sótano* (1977), *El largo invierno del espacio* (1986); y cultivó también la poesía: *Amanecer del infinito* (1985), *El espejo de otro paraíso* (1986).

Además del Café Gijón, ha obtenido Raúl Torres numerosos premios literarios, entre los que destacan el Sésamo en 1959, el Asimov en 1986 y el Camilo José Cela en 1986.

En Cuenca, ciudad natal del autor, se desarrolla precisamente la acción de *Equipaje de sol y de vino*, en el fin de un verano cualquiera. La novela ganadora sería publicada en 1969 por la editorial madrileña Azur, dando título a un volumen que incluía además la narración *Los perros muertos*.

1970: *TARJETAS AMARILLAS*, DE SOL NOGUERAS

La autora que obtuvo el Café Gijón de 1970, Sol Nogueras Oliveros, nació en un pueblo de Aragón, creció en Andalucía y cursó Periodismo en la Universidad de Navarra. Luego de finalizar sus estudios se trasladó a París, regresando con posterioridad a Madrid, donde reside trabajando como periodista y traductora.

En 1993 Sol Nogueras resultó finalista del Premio Barco de

Vapor, uno de los más prestigiosos galardones en el campo de la literatura infantil y juvenil, concedido por la editorial SM, por su relato *Cristal azul* (1995).

La novela *Fotomontaje de un poeta* (1980) y la traducción de dos narraciones de autores franceses: *Mundo desierto*, de Jean-Pierre Andrevon (1978) y *Sheol*, de Jean-Pierre Fontana (1980) completan la bibliografía de Sol Nogueras.

No tenemos constancia de que *Tarjetas amarillas*, la novela con la que ganó el Café Gijón, haya sido publicada en libro.

1971: *PRIMAVERA DE UN NIÑO SOLO*, DE PEDRO CRESPO

El ganador del premio de 1971, Pedro Crespo tiene un nombre tan literario que más de una vez tuvo que desmentir que firmara con seudónimo.

Pedro Crespo (Madrid, 1941) abandonó la carrera de Medicina para dedicarse profesionalmente al periodismo. En 1965 entró en la redacción de Cultura del *ABC*, del que llegaría a ser redactor jefe. Especialista en crítica de cine, trabajó también en *Tiempo Nuevo*, *Arriba*, *Madrid*, *Ya* y *La Estafeta Literaria*.

En paralelo a su quehacer periodístico, por el que en 1972 recibió el premio Luca de Tena, Pedro Crespo ha desarrollado una destacada obra narrativa, que le ha valido numerosos galardones: Leopoldo Alas de 1965 por *La pausa*; Sésamo, en 1972, por *Ruge, viejo león*; Extremadura de 1976, por *El paso del Guadiana*; Felipe Trigo, de 1986, por *El deseo, como un animal vivo*. Ha escrito también poesía: *País de naipes y relojes* (1984);

y ensayo: *La revolución del western y otros ensayos* (1974) y *Jaime de Armiñán: Los amores marginales* (1987).

En los años sesenta, en sus inicios literarios, Pedro Crespo cultivó con abundancia el relato breve.

Escribíamos entonces cuentos de frontón. Arrojàbamos nuestros cuentos contra una apariencia de Estado, de sociedad y de modos y costumbres, buscando averiguar la consistencia de la fachada, calcular su espesor por el rebote. Y lo hacíamos por juego o por desesperación, en una escala variable según cada circunstancia y cada autor. Con apariencias de ficción científica o de alegoría animal, sin perder de vista a las gentes. [Prólogo a *Cuentos de amor ordinario*, Madrid, Bitácora, 1988]

1972: *LOS DESPOSEÍDOS*, DE RAMIRO GÓMEZ KEMP

El escritor cubano Ramiro Gómez Kemp (1914), exiliado en los Estados Unidos desde 1960, obtuvo el Café Gijón de 1972 por su obra *Los desposeídos*. Ésta era la primera novela de un autor que había dado sus primeros pasos en la literatura como poeta, con el libro de tendencia afro-cubana *Acento negro* (1934). En 1963 publicaría en Puerto Rico *Playa Girón. 20 Poemas del destierro*.

Cantante y actor profesional en su juventud, Gómez Kemp viajó por diversos países de Hispanoamérica. Durante los años cuarenta fue miembro activo de la industria cinematográfica mexicana, como autor, guionista y adaptador. Posteriormente se convierte en productor de televisión en Cuba, hasta su marcha al destierro tras el triunfo de la Revolución. Luego de trabajar

en las televisiones de Puerto Rico y Venezuela, en 1965 traslada su residencia a Miami.

Los desposeídos parte del fenómeno sociopolítico de la revolución cubana, analizando el efecto que produce en el espíritu en formación de un hombre joven el choque con una nueva cultura y la crisis vital que ese impacto desencadena. El novelista analiza diversos aspectos de los hábitos de vida norteamericana en los sesenta: los hippies y la droga, la libertad sexual, la represión racial en los estados sureños. *Los desposeídos* muestra también el lado más oscuro de la prisión política en Cuba.

Los desposeídos fue publicada en 1972 por Ediciones Universal de Miami.

1973: *CENIZAS*, DE EDUARDO MENDICUTTI

La convocatoria de 1973 del Café Gijón la ganó el autor gaditano Eduardo Mendicutti (Sanlúcar de Barrameda, 1948), resultando finalista la poeta y traductora Clara Janés (Barcelona, 1940).

Estudió Eduardo Mendicutti periodismo en la Escuela Oficial de Madrid. Desde entonces comenzó a colaborar en diversos periódicos y revistas dedicándose también a la crítica literaria. La trayectoria que como narrador ha seguido posteriormente Mendicutti le ha situado en uno de los puestos más relevantes de su generación.

Entre sus títulos más destacados se encuentran: *Una mala noche la tiene cualquiera* (1982), *Última conversación* (1984), *El salto del ángel* (1985), *Siete contra Georgia* (1987, premio

La sonrisa vertical, *El palomo cojo* (1991, llevada al cine por Jaime de Armiñán), *Los novios búlgaros* (1993), *Fuego de marzo* (1995) y *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy* (1997).

Inició su carrera literaria en el relato breve, género con el que logró numerosos galardones, entre ellos, cinco Huchas de Plata y el de la revista literaria *Nueva Estafeta* por *La buena vida* (1980). Por su primera novela, *Tatuaje*, recibió el premio Sésamo (1973), el mismo año que obtuvo también el Café Gijón con *Cenizas*. Estas dos obras tuvieron serios problemas para ser publicadas a causa de la censura. Ya desde esos mismos inicios, y sin desmayar en sus grandes obras posteriores, Eduardo Mendicutti ha ejercido siempre, con su inconfundible estilo, de cronista de esos mundos marginales que nuestra sociedad oculta.

1974: *APÓCRIFO DEL CLAVEL Y DE LA ESPINA*, DE LUIS MATEO DÍEZ

La novela ganadora de Café Gijón de 1974 se titulaba *Apócrifo del clavel y de la espina*, y la firmaba un autor leonés entonces desconocido llamado Luis Mateo Díez (Villablino, 1942).

Luis Mateo Díez había estudiado Derecho en la Universidad de Oviedo y fue uno de los fundadores de la revista poética *Claraboya*, que se editó en León en los sesenta. Posteriormente, por motivos profesionales, habría de fijar su residencia en Madrid. Cuando ganó el Café Gijón acababa de publicar *Memorial de hierbas*, su primer libro de cuentos. La obra narrativa posterior, casi íntegramente publicada por Alfaguara, ha merecido el

aplauzo unánime de la crítica. Tras *Relato de Babia* (1981) y *Las Estaciones Provinciales* (1982), obtuvo con *La Fuente de la Edad* (1986) el Premio de la Crítica y el Nacional de Literatura. A ellos siguieron *Las horas completas* (1990), *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), y los libros de relatos *Brasas de agosto* (1989) y *Los males menores* (1993). Luis Mateo Díez es en la actualidad académico de la Lengua, ocupando el sillón en el que anteriormente se sentaba al poeta zamorano Claudio Rodríguez y ha vuelto a obtener por un mismo libro (*Las ruinas del cielo*) el Premio Nacional de la Crítica y el Nacional de Narrativa correspondientes al año 2000..

Apócrifo del clavel y la espina se publicó por vez primera en 1977, en un volumen que incluía otra novela corta (*Blasón de muerdago*). En edición revisada por su autor se volvería a publicar en 1988 por Mondadori y en el 2000 por Alfaguara. La novela premiada en el Café Gijón es una crónica de todo un linaje de señorío rural, de algún valle perdido del noroeste peninsular. Con la impecable prosa que caracteriza a este autor, realiza algo que luego sería en él bastante habitual: la conversión en materia literaria de historias en las que se aprecia el peso de los relatos de la tradición oral.

1975: *MINISTRO*, DE ALFONSO PASO Y L. BLANCO VILA

Según el correspondiente anuario de nuestra socorrida *Enciclopedia Universal Espasa*, en 1975 obtuvieron el Café Gijón L. Blanco Vila y Alfonso Paso. La referencia parece indicar que se trata de una obra escrita al alimón, aunque no hemos po-

didó confirmar ese extremo, pues en la nota biográfica sobre el prolífico dramaturgo Alfonso Paso (1921-1978) se cita como única obra narrativa suya la titulada *Ministro* con la fecha de 1975 y el dato de que fue premiada en el Café Gijón. No consta como publicada en ninguno de los catálogos que hemos consultado. Tampoco se encuentra el título *Ministro* en la amplia bibliografía del polígrafo Luis Blanco Vila (1936).

1983: *METAMORFOSIS BENEZIANAS*, DE MIGUEL ÁNGEL MURADO

Tan sólo diecisiete años tenía el autor de *Metamorfosis benezianas* al obtener el Café Gijón en su edición de 1983. Tras un larga pausa en sus convocatorias, ese año renacía el premio de novela, con el apoyo de Radio Cadena Española y Polar Ediciones (editorial madrileña que creó una efímera serie con el nombre de “CaféGijón”).

Después de esa primera experiencia literaria, Miguel Anxo Murado (Lugo, 1965) ha desarrollado una amplia actividad literaria en el ámbito lingüístico gallego.

La bibliografía de este autor incluye narrativa: *De sueños e derribos* (1986), luego publicada como *Memoria de derribos* (1993); poesía: *Lapidario dos heterodoxos* (1990), *Bestiario dos descontentos* (1985); teatro: *A grande noite de Fiz*, (1994), *Historias peregrinas* (1995); ensayo: *Aproximación a Luís Pimentel* (1990); *Fotobiografía de Luís Pimentel* (1990); artículos, traducciones, documentales, guiones cinematográficos y de televisión. En 1991 y 1994 viajó como reportero a la ex-Yugoslavia, experiencia de la que nació *Ruído* (1995), un gran libro de

relatos, por el que se le concedió el Premio Arcebispo San Clemente. Ha recogido sus colaboraciones periodísticas en el volumen *Días impares e outros días* (1992).

Metamorfosis benezianas (1983) es una curiosa novela fantástica, ambientada en la fabulosa ciudad gallega de Benezia, que combina con habilidad el espíritu galaico de un Fole o un Cunqueiro, y las abundantes referencias localistas lucenses con el decidido simbolismo político y cultural que persigue el relato.

1984: *LOS HIJOS DEL AGOBIO*, DE EMILIO SOLA

Un escritor asturiano, Emilio Sola (Arriondas, 1945) ganó en 1984 el Café Gijón con su novela *Los hijos del agobio*. Sola fue profesor en las universidades Complutense y Autónoma de Madrid y de la de Orán (Argelia). En la actualidad lo es de Historia en la Universidad de Alcalá de Henares.

La trayectoria literaria de Emilio Sola comenzó en el campo de la poesía, recibiendo en 1974 el premio Adonais por *La isla*, calificada por él mismo como “uno de los pocos libros jipis del país”. Profundo conocedor del Mediterráneo y su historia, es autor, entre otros muchas obras, del apasionante “libro de maravillas” *Un Mediterráneo de piratas* (1988) y de la novela “africana y pastoril” *Arcadio y los pastores* (1986). En *Los hijos del agobio* (1984) Sola reconstruye la huida a ninguna parte de unos jóvenes moteros.

De los poco afortunados avatares que rodearon esta convocatoria nos informa el propio autor: “La editorial Polar, quebró

ese mismo año y a mí me dio su parte del premio (250.000 pts.) en un cheque sin fondos que nunca pude cobrar, aunque sí el de Radiocadena, que convocaba con la editorial el premio y que se comprometía a radiarlo. Hicimos un guión piloto y ensayamos el primer capítulo radiofónico, pero luego no pasó nada y yo no reclamé pues me conseguí reincorporar a la Universidad como profesor de historia y pasé de los poco formales premios literarios. El jurado de ese año era bastante bueno, con Fernando Delgado, Juan Cueto Alas, el editor y un crítico”.

1988: *BUENOS DÍAS, SEÑOR MINISTRO*, DE LUIS DEL VAL

Tras otro parón en la convocatoria del premio, en pleno año del centenario del Café Gijón, se pretendió darle un nuevo impulso, con la participación de la editorial Plaza & Janés que, al parecer designó incluso el jurado de ese año. El ganador, el periodista Luis del Val, muy popular por su participación en programas radiofónicos de gran audiencia, fue diputado en las Cortes de 1977 y director general en el Ministerio de Trabajo durante los últimos compases de la transición

Luis del Val ejerció el periodismo en distintos medios (*Pueblo, Diario 16, Ya, Interviú, Tiempo...*) y ha publicado varios ensayos y novelas: *Los ejecutivos también sueñan* (1986), *Los juguetes perdidos* (1996), *Con la maleta al hombro* (2000), *Cuentos del mediodía* (1999), *Prietas las filas* (1999)...

La novela premiada, *Buenos días, señor Ministro* (1988), de trama rocambolesca, está llena del suave humor y la fina ironía que caracterizan a Luis del Val y se desarrolla con una gran fluidez narrativa.

1989: *ENCIERRO Y FUGA DE SAN JUAN DE AQUITANIA*,
DE FERNANDO QUIÑONES

Coincidiendo con el centenario del Gijón, el Ayuntamiento de la ciudad asturiana homónima, de la que tomara el Café su nombre en 1888, comenzó a patrocinar el Premio de Novela. Esto trajo consigo el aumento de la dotación, que pasó a ser de dos millones de pesetas, y la novedad de que el premio fuese para novelas y no para novelas cortas, como hasta entonces.

El jurado correspondiente emitió su fallo en febrero de 1990 y el ganador resultó ser uno de los grandes nombres de la generación del cincuenta, el prestigioso autor gaditano Fernando Quiñones (1930-1998) por la novela *Encierro y Fuga de San Juan de Aquitania*, (Caja de Ahorros de Asturias, 1990).

De Quiñones escribió Borges que era “un gran escritor de la literatura hispánica de nuestro tiempo o, simplemente, de la literatura”. En su extensa trayectoria literaria se cuentan 23 libros de poemas y 20 de narrativa, 4 novelas largas, 4 cortas y 12 libros de relatos. Experto flamencólogo, ha escrito además obras dramáticas, antologías, libros de viajes, artículos en revistas y periódicos, y estudios literarios y folklóricos. Fue por dos veces finalista del Planeta con *Las mil y una noches de Hortensia Romero* y *La canción del pirata* y ganó premios como el Sésamo, Mallorca, Juan March, y “La Nación” de Buenos Aires con Borges, Bioy Casares y Mallea como miembros del jurado.

La novela premiada reúne lo mejor del Quiñones narrador: elaboradísima prosa y coloquialismo, perfecta combinación de realismo e imaginación, acabado diseño de caracteres....

1990/91: *INVIERNO SIN PRETEXTO*, DE JAVIER MAQUA

Con carácter bianual se entregó en 1991 el premio Café Gijón. Resultó ganador el autor madrileño de origen asturiano Javier Maqua (1945) por su novela *Invierno sin pretexto*, que publicaría al año siguiente la editorial Alfaguara.

Javier Maqua, aunque licenciado en Bioquímica, era ya en 1991 un conocido escritor, experimentado en diversos campos: novela, teatro, guionista de cine y documentalista de radio y televisión. Practica además con asiduidad la dirección teatral, televisiva y cinematográfica.

Entre la producción novelística de Javier Maqua destacan además: *Las condiciones objetivas* (1982), *Uso de razón* (1994), *Padre e hija* (1996) o *La mosca sin atributos* (1995). Así nos presentaba su editor *Invierno sin pretexto*, la obra ganadora de la edición 1990-1991 del Café Gijón

Seducida y abandonada, ciega, huérfana, pobre, humilde víctima de guerra y de posguerra, una mujer cuya máxima consiste en cantar cuplés picantuelos, cuyo tesoro es el buen talante reforzado de la abnegación, recorre la vida sin más motivo aparente que añadirle alegría. *Invierno sin pretexto* —primer volumen de una serie que pretende cubrir el siglo XX de un grupo familiar— es sobre todo un romance contado en vigorosas estampas visuales. Con la eficacia, a veces, de una extraña poesía bárbara, *Invierno sin pretexto* comunica contra los desafueros del Hado Fatal, el más optimista de los mensajes: la vida tiene un sentido, el absurdo tiene un sentido.

1992: *EL ORO Y EL MORO*, DE DOLORES SOLER-ESPIAUBA

En 1992 obtuvo el Café Gijón la escritora Dolores Soler-Espiauba, nacida en Cartagena en 1935. Licenciada en Filología, había trabajado como traductora y docente en países como Portugal, Polonia y Francia. Posteriormente se traslada a Bruselas, donde reside desde 1974. Allí trabaja como traductora y desde 1982 como Profesora de Lengua y Civilización españolas en el Servicio de Formación Permanente (traductores e intérpretes) de la Secretaría del Consejo de Ministros de la Unión Europea. Colaboradora habitual de revistas literarias y lingüísticas, también es autora de diversas lecturas didácticas para estudiantes de español como lengua extranjera.

Desde 1986 Dolores Soler-Espiauba obtuvo numerosos premios literarios, incluidas dos ediciones consecutivas del Felipe Trigo, con *Los canardos* y *Mujer con paisaje de lluvia*. Por *Hermana Ana, ¿Qué ves?* (1990), novela traducida a varios idiomas, obtuvo el premio Andalucía de novela y por *Elisa o el pasado imperfecto* (1991) ganó también el premio Azorín.

El Café Gijón se lo concedieron por su novela titulada *El oro y el moro*, que sería publicada en 1994 por la editorial alicantina Aguaclara. Se trata de una narración con numerosos elementos autobiográficos, donde se refleja el ambiente impersonal del alto funcionariado europeo de Bruselas y de la enmarañada burocracia que genera. Ese elemento hostil pone a prueba la fortaleza para sobrevivir de Almudena, la mujer independiente que protagoniza la novela.

1993: *EL CAPITÁN DE PLOMO*, DE JOSÉ VICENTE PASCUAL

La edición de 1993 del Café Gijón la ganó el autor madrileño José Vicente Pascual (1956), por la novela titulada *El capitán de plomo*.

Tras realizar allí sus estudios de Filosofía y Letras, José Vicente Pascual reside en Granada desde 1963. En 1989 obtuvo el Premio Azorín de novela por *La montaña de Taishán*.

El capitán de plomo se publicaría en la editorial alicantina Aguaclara en 1994. Se trata de una novela de intriga protagonizada por Damián, un hombre de treinta y cinco años, que vive una vida confortable y discreta hasta que, casi sin pretenderlo, destapa un oscuro negocio de dinero negro. Eso le alejará de su familia y le abocará a una serie de situaciones de un mundo marginal, protagonizado a veces por el sexo y las drogas.

Según la nota que sirve de presentación a la primera edición de *El capitán de plomo*:

José Vicente Pascual ha escrito esta complicada historia de una manera tan sencilla en apariencia que se lee de un tirón, suscitando en el lector la “suspensión” de las mejores novelas negras, logrando una prosa veloz mas de fuerte aliento, y trascendiendo las simples novelas “de género” para ofrecer una metáfora de la vida que golpeará al lector como un descubrimiento doble: el de una espléndida historia hundida en la vida y el de un escritor que sabe contarla de forma magnífica.

1995: *MÁSCARAS*, DE LEONARDO PADURA

Tras ser declarado desierto el premio en la edición de 1994, fue el ensayista y escritor cubano Leonardo Padura quien se adjudicó Café Gijón de 1995 con su novela *Máscaras*. Padura, periodista, ensayista, autor de guiones y narrador, nació en La Habana en 1955. En 1980 se licenció en literatura hispanoamericana por la universidad habanera, siendo autor asimismo de importantes trabajos de investigación literaria como los *Comentarios al Inca Garcilaso* o *Lo real maravilloso: creación y realidad*. Tras su publicación, *Máscaras* (Tusquets, 1997) mereció además el Premio Internacional de Novela Negra.

Máscaras, junto con *Pasado perfecto*, *Vientos de Cuaresma* y *Paisaje de Otoño* acabarían completando la tetralogía *Las cuatro estaciones*, protagonizada por el teniente de policía Mario Conde. De su mano el lector realiza una inmersión en profundidad en la vida cotidiana de La Habana actual, muy diferente de los clichés oficiales y de los turísticos. Así lo explica su propio autor:

Máscaras, es una novela que se remite a la historia de la represión cultural de los años 70 en Cuba, especialmente sobre los homosexuales. Es una novela que de alguna manera trata de ser un homenaje a Virgilio Piñera, que sufrió más duramente que nadie esa represión y que luchó con más entereza que nadie, porque a diferencia de otros escritores que se dejaron derrotar, él siguió escribiendo, como había escrito siempre, mejor que nunca y murió en el absoluto ostracismo, pero dejó escritos siete u ocho libros. Es decir que no fue derrotado, a pesar de que fue excluido.

1996: *EL PASAJERO*, DE ALFREDO TAJÁN.

El Premio Café Gijón correspondiente a 1996 se falló en realidad en enero de 1997. Componían el correspondiente jurado: la catedrática de Literatura María Elvira Muñiz y los escritores Rosa Regás, Luis Mateo Díez, Josefina Aldecoa y Fernando Martínez Laínez.

El ganador: Alfredo Taján, (Rosario, Argentina, 1960). De ascendencia sirio-argentina y nacionalidad española, Taján es licenciado en derecho por la Universidad de Granada. Residente en Málaga desde principios de los setenta, es, además de narrador, poeta, crítico de arte y literatura, gestor cultural y fundador de varias colecciones poéticas. En 1993 obtuvo el premio de narrativa Juan March con la novela breve *El salvaje de Borneo*.

Con *El pasajero* (1997), declaraba ayer el escritor, “he querido apartarme de un cierto provincianismo que invade la narrativa actual. No quería repetir temas ni formas, para evitar crear una novela al uso”. En ella se realiza, según el propio autor “un viaje íntimo de los personajes, además de un viaje geográfico. La novela transcurre en Buenos Aires, Montevideo y Barcelona y da un paseo fugaz por Ibiza. Cada ciudad guarda un secreto y los personajes se encargan de desentrañarlos”.

Construido a partir de una prosa muy refinada, *El pasajero* discurre por diferentes lugares de Uruguay, Ibiza y Barcelona. El protagonista, Yasil Mansur vive atrapado en un torbellino de pasiones, entre el amor, el alcohol, la pérdida y la búsqueda, que le convierten en mero pasajero de otras vidas.

1997: *ESA FUENTE DE DOLOR*, DE MATÍAS MONTES HUIDOBRO.

Por segundo año consecutivo el Premio de Novela Café Gijón recayó en un autor hispanoamericano, en esta ocasión el ganador de los dos millones fue el cubano afincado en Miami, Matías Montes Huidobro, por su novela *Esa fuente de dolor*. Montes Huidobro, que contaba entonces sesenta y seis años, se había presentado al concurso bajo el seudónimo de “Clarín”.

Matías Montes Huidobro, nacido en Las Villas (Cuba, 1931), está considerado como una de las personalidades literarias más destacadas de la Cuba del destierro. Exiliado en 1961, desde 1964 había ocupado la cátedra de Español de la Universidad de Hawai, para una vez alcanzada la jubilación instalarse en la ciudad de Miami.

El jurado, presidido por Maruja Torres e integrado por Rosa Regás, Miguel García-Posada, Celestino Pertierra y Fernando Martínez Laínez, destacó el modo en que el autor recrea “con amargura y lucidez una etapa crucial de la historia de Cuba del período prerrevolucionario, que ilumina el presente a través de una trama exenta de tópicos”.

La novela premiada, que fue escrita en Honolulu, está ambientada en los últimos años de la década de 1950 en Cuba, poco antes de la llegada al poder de Fidel Castro.

1998: *LA VENTANA PINTADA*, DE JOSÉ CARLOS SOMOZA

José Carlos Somoza Ortega, un psiquiatra español de treinta y nueve años nacido accidentalmente en La Habana, fue el ganador del premio Café Gijón de 1998. El Jurado, que emitió su fallo el sábado 19 de diciembre, tuvo que decidir entre cinco finalistas de las 127 originales concursantes.

Somoza ya había ganado en 1996 el premio La sonrisa vertical con su obra *Silencio de Blanca* y el 1997 el Cervantes de teatro con *Miguel Will*.

El jurado destacó la originalidad del argumento de la novela ganadora, ambientada en Madrid y en la que el autor traza una historia con el cine como verdadero protagonista y una tensa intriga como hilo conductor. Por otra parte, el jurado quiso también destacar en esta edición la calidad de otra novela finalista, *Para nunca volver*, del poeta extremeño Alvaro Valverde.

El propio autor de *La ventana pintada* explicó que está estructurada “en capítulos paralelos, sin casi tocarse, salvo en pequeños detalles que al final componen unitariamente la novela”. Su argumento bascula entre la enfermiza obsesión de Javier Verdaguer, el protagonista, por la actriz norteamericana Jodie Foster y el contrapunto de la dura realidad que se ve obligado a afrontar. “Las escenas se van desarrollando como si fueran planos de una película con un cierto aire de novela de misterio, sobre todo en los capítulos impares, frente a la monotonía de los otros. Mientras una parte de la novela va creciendo en felicidad y fantasía, la otra se hace más trágica.”

1999: *LIFTING*, DE JOSÉ LUIS MUÑOZ

Del aumento a tres millones en la dotación del premio se benefició en 1999 el autor salmantino afincado en San Cugat del Vallés, Luis Muñoz (1951). Escritor experimentado, contaba entonces con once novelas publicadas, entre las que destacaban *Barcelona negra* y *Los ojos ajenos*, además de un libro de relatos. Con anterioridad al Café Gijón había obtenido otros premios de importancia, como el Tigre Juan, en 1985, por *El cadáver bajo el jardín* y el de La Sonrisa Vertical, en 1990 por *Pubis de vello rojo*, además del Azorín de Literatura.

Lifting (Algaida, 2000) es una divertida burla de la obsesión existente en nuestra sociedad por la belleza física y el poder económico”. Rosa Regás señaló, al hacer público el fallo del jurado, que se concedió el premio a *Lifting* por aportar “una visión crítica y desencantada de una generación que se ha refugiado en la cultura de la apariencia. Se trata de unos personajes incapaces de aceptarse a sí mismos, y que están dibujados en clave de humor, con ironía e incluso crudeza”, explicó.

El protagonista es Eduardo Llampart, un abogado matrimonialista y escritor de novela negra, que verá cómo su sólido entorno se derrumba cuando su familia empieza a tomar decisiones inesperadas: su mujer se opera los pechos, su hija le pide como regalo de cumpleaños una rinoplastia, y todos se empeñan en criticar su forma de vestir.

2000: *DE LA LLUVIA SOBRE EL FUEGO*, DE VÍCTOR MAÑA

Víctor Maña Ruiz-Constantino, un profesor de italiano que trabaja en la Escuela Oficial de Idiomas de Málaga, fue el ganador de la edición del año 2000. Su novela, *De la lluvia sobre el fuego* (Algaida, 2001), que trata sobre el deseo amoroso en las relaciones entre un hombre y tres mujeres, lleva a cabo, con solvencia y naturalidad, “una radiografía del mundo amoroso y del deseo”, con una considerable carga, según reconoce el propio autor, de elementos autobiográficos: “es una historia que tiene mucho de uno mismo y está contada con un poco de humor.”

Al hacer público el fallo, el jurado valoró en la novela su “aire de comedia, escrita con dinamismo y desenfadado, que trata de ser un retrato sentimental de los jóvenes de hoy”. Componían el Jurado que adjudicó el Premio Café Gijón de Novela del año 2000: José María Guelbenzu, Rosa Regás, Juan Bonilla, María Elvira Muñoz y Tino Pertierra.

BIBLIOGRAFÍA

- CAFÉ GIJÓN. 100 años de historia*, Madrid, Kaydeda, 1988.
- José Luis CASTILLO-PUCHE, “El *Café de Gijón*. Un archipiélago literario en el que cada tertulia es una isla”, en *Blanco y Negro*, 26 enero 1963.
- Antonio ESPINA, *Las tertulias de Madrid*, Madrid, Alianza, 1995.
- José ESTEBAN, *Café Gijón*, Madrid, Lotería, Tabaco, Editores, 1996.
- Diego GALÁN, *La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, Madrid, Alfaguara, 1997.
- Marino GÓMEZ SANTOS, *Crónica del Café Gijón*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1955.
- Españoles en órbita*, Madrid, Afrodiseo Aguado, 1964.
- Ramón GÓMEZ DE LA SERNA, *Automoribundia*, Madrid, Guadarrama, 1974.
- César GONZÁLEZ-RUANO, *Memorias, Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid, Tebas, 1979.
- Eduardo HARO TECGLEN, Introducción a: Fernando Fernán-Gómez, *Las bicicletas son para el verano*, Madrid, Espasa Calpe, 1984,
- El refugio. Situaciones: momentos de una vida*, Madrid, El País Aguilar, 1999
- El libro del Café Gijón*, Madrid, [s.n.], 1999

Juan Bonifacio LORENZO BENAVENTE, *El Café Gijón y el cine*.
Ciclo: Junio 1999, Oviedo, Filmoteca de Asturias, 1999.

José María MARTÍNEZ CACHERO, *Historia de la novela española
entre 1936 y 1975*, Madrid, Castalia, 1981.

Jesús PARDO, *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama,
1996.

Ignacio SOLDEVILLA DURANTE, *La novela desde 1936*, Madrid,
Alhambra, 1980,

Francisco UMBRAL, *La noche que llegué al Café Gijón*, Barce-
lona, Destino, 1977.

ÍNDICE

EL POSO DE LOS AÑOS

La literatura en los cafés	9
Entre guerra y guerra	14
La tertulia de los poetas	20
Marino en tierra	26
El archipiélago de las tertulias	29
La irresistible llamada del Café Gijón	36

EL PREMIO DE NOVELA CAFÉ GIJÓN

Síntesis histórica	45
El fundador: Fernando Fernán-Gómez	47
1950: <i>La primera actriz</i> , de Eusebio García Luengo	53
1951: <i>Ni César ni nada</i> , de César González-Ruano	57
1951: [2º premio], <i>El andén</i> , de Manuel Pilares	62
1952: <i>Fiesta al Noroeste</i> , de Ana María Matute	67
1953: <i>Las horas del día</i> , de Fernando G. de Castro	72
1954: <i>El Balneario</i> , de Carmen Martín Gaité	74
1957: <i>Bodas de plata</i> , de Elena García-Diego	78
1959: <i>La riada</i> , de José Carol	79
1960: <i>Sábado, esperanza</i> , de Jorge Ferrer Vidal	80
1961: <i>El canto del urogallo</i> , de Eduardo Garrigues	81
1962: <i>Cámara oscura</i> , de José Medina	82
1963: <i>La raya</i> , de Gonzalo Torrente Malvido	82

1964: <i>Pequeños monstruos</i> , de Manuel Dolz	83
1965: <i>La isla</i> , de Joaquín Merino	83
1966: <i>Ismael</i> , de Joaquín Ojembarrena	84
1967: <i>Modorra</i> , de Rafael Azuar	85
1968: <i>En un camino cualquiera a la derecha</i> , de Juan M. Mansera	86
1969: <i>Equipaje de sol y de vino</i> , de Raúl Torres	87
1970: <i>Tarjetas amarillas</i> , de Sol Nogueras	87
1971: <i>Primavera de un niño solo</i> , de Pedro Crespo	88
1972: <i>Los desposeídos</i> , de Ramiro Gómez Kemp	89
1973: <i>Cenizas</i> , de Eduardo Mendicutti	90
1974: <i>Apócrifo del clavel y de la espina</i> , de Luis Mateo Díez	91
1975: <i>Ministro</i> , de Alfonso Paso y L. Blanco Vila	92
1983: <i>Metamorfosis benezianas</i> , de Miguel Ángel Murado	93
1984: <i>Los hijos del agobio</i> , de Emilio Sola	94
1988: <i>Buenos días, señor ministro</i> , de Luis del Val	95
1989: <i>Encierro y fuga de San Juan de Aquitania</i> , de Fernando Quiñones	96
1990/91: <i>Invierno sin pretexto</i> , de Javier Maqua	97
1992: <i>El oro y el moro</i> , de Dolores Soler-Espiauba	98
1993: <i>El capitán de plomo</i> , de José Vicente Pascual	99
1995: <i>Máscaras</i> , de Leopoldo Padura	100
1996: <i>El pasajero</i> , de Alfredo Taján	101
1997: <i>Esa fuente de dolor</i> , de Matías Montes Huidobro	102
1998: <i>La ventana pintada</i> , de José Carlos Somoza	103
1999: <i>Lifting</i> , de José Luis Muñoz	104
2000: <i>De la lluvia sobre el fuego</i> , de Víctor Maña	105
BIBLIOGRAFÍA	107

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA DIECISIETE DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO 2001
EN GLÓN